Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XX — San José, Costa Rica — 1930 — Sábado 25 de Enero — Núm. 4

Año XI. No. 476

SUMARIO

Oración por Córdoba

Primer centenario de su muerte

(Envío del autor)

COMPATRIOTAS:—Cuando el general José M.ª Córdoba dió la última carga victoriosa de Ayacucho—de la que hoy se cumple un nuevo aniversario jubiloso—quedó definitivamente cancelada nuestra dependencia material de España; pero la emancipación de la conciencia y del espíritu, la plenitud en el goce de las garantías ciudadanas, condiciones que son inseparables de la dignidad del hombre, sólo tuvieron aquel día un episodio pasajero, a pesar de su luz y su heroísmo.

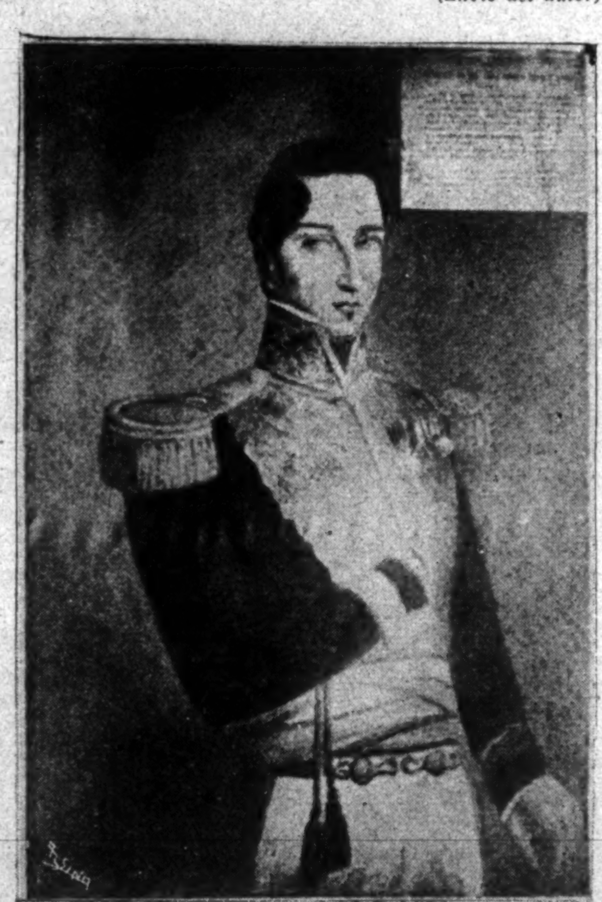
Así tenía que ser: mirada nuestra guerra de independencia desde el punto de vista de los derechos del hombre y de los pueblos, ella fué un incidente en la lucha entre la libertad y el orden, entre el derecho y la autoridad, o—como hoy se plantea el problema, en términos más modernos y que se enuncian como antagónicos—entre la eficacia y la democracia; lucha eterna que comenzó con la aparición del hombre sobre la tierra y que posiblemente no habrá de cesar sino cuando «se disuelvan los siglos en pavezas», como reza la tremenda admonición.

Puede decirse que al cerrarse el primer cuarto glorioso del siglo XIX, en que quedaban independientes las naciones latinas de la América y dueñas de su soberanía y sus destinos, apenas comenzó para ellas el planteamiento del problema conturbador. Antes, en los siglos coloniales, su amo España y las naciones que formaron el contubernio de la llamada Santa Alianza, se lo habían resuelto en el sentido del más rígido e indiscutible imperio.

Casi todos estos pueblos nacientes contemplaron el dilema entre la república y la monarquía, y así vemos que esta última fórmula que acababa de morir a fuerza de sangre y lanza, pretendió renacer desde México con Itúrbide, hasta la Argentina, donde tuvo por panegirista al protector San Martín y aún recibió cortejos pasajeros del mismo Libertador Simón Bolívar.

Sería un error y al mismo tiempo una ingratitud el que, empinándonos sobre nuestras ideas de hoy, recrimináramos las de aquellos grandes hombres y pretendiéramos dictar contra ellos sentencias infamantes. Toda guerra trae consigo, como consecuencia ineluctable, una descomposición radical en los fundamentos del organismo social; después de ese cataclismo no quedan ni las piedras sobre las piedras, y hasta las ruinas perecen, dicen las expresiones consagradas.

Si al terminar la última hecatombe mundial, sufrida por naciones que se asentaban sobre civilizaciones milenarias y que contaban con elementos materiales y humanos de la más refinada perfección, se vió que todo se había perdido—hasta los principios más elementales de humanidad y de cultura—y que había que rehacerlo todo, como para empezar la creación de pueblos nuevos, imaginémonos el caos económico, político y social en que se vieron envueltas las cinco repúblicas bolivianas, de 1824 en adelante, después de quince años de batallar sin tregua y sin piedad; cuando había que inventar rentas, dinero y crédito; con un pueblo primitivo levantado en la única obligación de matar y vencer; y cuando los mismos encargados de la organización del Estado, casi niños al abandonar los claustros universitarios para tomar las armas, se veían ahora, hombres maduros—sin otra disciplina intelectual que la de los campamentos—obligados a crear una patria ordenada y libre.



Gral. *José Mía. Córdoba*

(Antes de seguir y antes de dictar fallo condenatorio contra nuestros libertadores, pregunto: ¿lo han hecho más bien que ellos, han organizado la república mejor que ellos, las generaciones posteriores, en los consejos populares, en las asambleas seccionales o en los flamantes parlamentos?)

Por más que amemos la democracia, como la amamos; por grande que sea el fervor con que adoramos la libertad, como la adoramos, y por más profundo que sea nuestro odio, como lo es, contra toda tiranía... es de justicia convenir en que los conflictos que se presentaron en los primeros años de la organización de la patria, fueron de esos que llevan dudas a las inteligencias más claras, vacilación en los corazones más patriotas, y temor en los ánimos mejor templados.

Si era necesario, de necesidad absoluta, mantener la libertad conquistada, no era menos indispensable establecer el orden para que la anarquía no ahogara a la misma libertad.

Y los peores gérmenes anarquizantes crecían a todo lo ancho y a todo lo largo de las cinco repúblicas bolivianas.

Mucha parte de los elementos disociadores que las asechaban en su propia cuna, provenía de los mismos próceres de la emancipación. La filosofía popular halló la sentencia de que para establecer la libertad era preciso acabar con los libertadores. Este alarmante sentir, con sus visos de ingratitud y de profanación, fundábase en el predominio que los elementos militares querían mantener sobre la vida civil de la nación. Nada es más admirable y digno de respeto que un ejército nacional cuando se contiene en su esfera infranqueable de centinela del orden y de las instituciones; nada más abominable y corruptor—por su fuerza misma—cuando se convierte en guardia pretoriana y se erige en árbitro de la vida política del Estado.

El ejército libertador fué deliberante en los primeros días de la gran Colombia y produjo perturbaciones que hicieron imposible la marcha regular de las instituciones. A esa actitud se debe, en considerables proporciones, la vida efímera que tuvo aquella enorme y generosa utopía.

Como inmediata consecuencia de esta intervención militar en los asuntos civiles—encabezada por algunos de los héroes más prestigiosos, como Páez—vino la pretensión del ejército, de sustraerse al imperio de las leyes que la república comenzaba a darse. No hay

que extrañar demasiado esa conducta ni por qué fulminar contra los hombres de espada una sentencia farisaica: todo gremio, comunidad, asociación, partido o secta tiene la ambición—casi nunca refrenada—a crearse fueros excepcionales, con la pretensión de que las leyes comunes rijan para los demás y que al privilegiado se le mantenga no sólo fuera de la ley sino sobre la ley. Los viejos despotismos legaron esta gangrena a la democracia, que nunca será efectiva mientras no nos sometamos—todos por igual—a la soberanía civil de la nación.

Recién nacida la Gran Colombia e iniciada su convivencia con el viejo Perú y con la nueva Bolivia, los síntomas señalados y otros de no menos gravedad indicaban que la portentosa fábrica imaginada crujía por sus fundamentos y amenazaba con la ruina total.

Imaginémonos la desilusión de Bolívar y la de sus compañeros intelectuales del congreso de Angostura, al avisorar la catástrofe de la obra constituída con tanta fe como entusiasmo y patriotismo; y las angustias del libertador del Perú y del padre de Bolivia al advertir que esos dos pedazos de su alma y de su gloria empezaban a girar en órbitas alejadas de su ambición y de su genio. Cómo aguzaría su imaginación fértil cálida y desbordada, ideando remedio para tánto mal.

En efecto, era visible que Bolivia y el Perú querían sustraerse a la influencia de Bolívar y que el Ecuador y Venezuela protestaban contra el poder central, se disgregaban y formarían en breve estados independientes.

Al mismo tiempo, en esos territorios y en el de la Nueva Granada empezábamos a ensayar el recurso de las guerras civiles como remedio infalible, unas veces para establecer el orden y otras la libertad y siempre con el pretexto de llegar a la cima de la civilización. Hoy mismo no estamos suficientemente aleccionados y no faltan compatriotas que nos prescriban la panacea de las armas. Si ello fuera lo que se preconiza, no habría naciones más cultas y progresistas que estas de la América hispana, donde nos hemos saturado del feliz remedio, en dosis anuales y portentosas.

Para colmo de males y para aumentar los motivos de esta confusión caliginosa, España amenazaba con una nueva reconquista, respaldada por ese fantasma anacrónico que se llamó la Santa Alianza.

En el interior de lo que fué Nueva Granada la situación no podía presentarse más difícil. Al día siguiente de Boyacá hubo que preparar la campaña emancipadora de las repúblicas del sur; faltaban hombres y había que disciplinarlos y enviarlos por millares, no había rentas ni dinero y era forzoso crearlos por millones. El reclutamiento era mirado como una negación de la libertad buscada; era preciso acabar con los innumerables pechos de la Colonia, pero también reemplazarlos con más científicas contribuciones: el pueblo clamaba por las supresiones, pero execraba las nuevas imposiciones como una resurreción virreynal.

En las condiciones descritas, todos los próceres, todos los patriotas estaban de acuerdo en la necesidad de disipar «las tinieblas que vagaban sobre la haz del abismo»; en que la luz fuera hecha; pero cómo?

Por la ley natural e histórica, los pareceres, las opiniones y hasta los fanatismos, se dividieron en dos grandes grupos: los que creen que los pueblos se educan por la libertad, y los que piensan que ella no se conquista sino a golpes de autoridad. Empezó entonces para nosotros la eterna lucha entre la democracia y el cesarismo.

La humanidad ha tenido y tendrá que decidir siempre si avanza bajo la autoridad del pueblo o bajo el imperio del César.

Santander y Bolívar personificaron las dos tendencias, con nitidez inconfundible. La sangre, la educación y el medio predestinaron a cada uno para el papel preponderante que habían de desempeñar en nuestra historia: como magistrado al uno, al otro como el César.

Para honra de aquellos próceres y para perpetua lección continental, es evidente de toda evidencia que ambos situaron sus mutuas diferencias y las luchas ardientes que siguieron, en el terreno de las ideas y en el de sus sinceras convicciones, sobre los principios de derecho público que debían regir al país en tan difíciles y calamitosas condiciones. Ambos fueron hombres y no es posible que a Santander lo alentaran las ambiciones de partido que más tarde desplegó y que Bolívar obedeciera a los instintos de su genio dominador; pero es incuestionable que en los dos predominaba—por sobre todo y como fin primordial—la salud y la salvación de la patria.

Ahondando en las directrices de aquellos hombres grandes, pudiera decirse que Bolívar se preocupó por afianzar la victoria y el orden; y Santander, por organizar la república y la libertad.

En la correspondencia y en los documentos oficiales del Libertador, especialmente de 1820 a 1824, se lee su obsesión permanente de triunfar, de triunfar a toda costa, sin ligaduras ni frenos; y en los de Santander, la convicción profunda de que toda debía sacrificarse al respeto y observancia de lás normas institucionales.

Siguiendo sus peculiares inspiraciones, el Libertador dicta la Constitución boliviana, de corte rígidamente personalista y autoritario, y pretende imponerla a las naciones emancipadas por su espada; pero allí mismo se tropieza con el civilismo de Colombia y es vencido por la democracia.

Continuando por esa corriente resbaladiza, tolera que Antonio Leocadio Guzmán—un agente con más facultades de aventurero que de patriota—le haga propaganda en favor de una franca dictadura; y luego el mismo Libertador, en los afanes y apreturas de los tiempos, no encuentra más recurso que el reemplazo de los gobernadores civiles por comandantes militares, con amplias facultades. Nuevo descontento y nuevo rechazo por parte de la naciente y creciente opinión cívica.

En esa época, secuaces de Bolívar (secuaces que nunca faltan a los caudillos y que los hacen más odiosos) fundaron la tradición de atacar y destruir imprentas para estorbar la emisión de las ideas. Era lógico: lo primero que hacen los despotismos es apagar las luces para maniobrar en las tinieblas.

Por ver si se lograba poner fin a tánta confusión y que el país entrara por las vías regulares y constitucionales, se convocó y reunió la convención de Ocaña, en la que se refugiaron las mejores esperanzas; pero ese cuerpo no pudo o no supo responder a ellas. Vióse entonces lo que después ha venido a comprobarse con desastrosos ejemplos: que estas asambleas deliberantes nuestras muchas veces animadas de los mejores propósitos, son casi siempre estériles para el bien.

Fueron evidentes las buenas intenciones del elemento civilista que quiso consolidar la república en la famosa convención; pero no llegaron a realizarlas y resultaron inferiores a su misión. A la vez, la fuga intempestiva de los autoritarios fué un error de consecuencias fatales.

Por su parte, los militares fueron más torpes: encabezados por el general Montilla, quisieron pasar con sus espadas sobre las deliberaciones de la convención y amenazaron con motines y convulsiones civiles. Fué una desgraciada tentativa de pretorianismo para el que, a Dios gracias, resultó estéril la república.

Fracasado el esfuerzo generoso de Ocaña, las dificultades y los problemas que he tratado de apuntar, llegaron a su culminación: había que salvar la patria emancipada, y decidir si la salvaba, o la espada o la ley.

Los dirigentes, los que tenían la fuerza, se decidieron por la espada: era lo más expedito y lo más rápido, pero eso no era lo fundamental ni duradero.

Apenas disuelta la convención, llegó el histórico 13 de junio de 1828. Ese día, el general Pedro Alcántara Herrán—alma tan honrada como candorosa—se hizo vocero de la opinión armada y alarmada y promovió la firma de una acta popular en que se proclamaba abierta y decididamente la dictadura del Libertador: siguió allí mismo una adhesión oficial al exabrupto, emanada del consejo de estado, en que leo con dolor la firma de un antioqueño y consanguíneo—la del doctor José Manuel Restrepo, que después deploró con actos de perfecta contrición. Como es de uso tropical, se pidieron y se obtuvieron adhesiones al acta primigenia y así se simuló un plebiscito nacional, a toque de tambor.

Ante esta medida drástica, que trastornaba todas las nacientes convicciones sobre libertad civil, los más jóvenes protestaron con fiereza indómita y empezaron a agruparse con evidentes propósitos de hostilidad; los republicanos más cuerdos, siempre respetuosos del Libertador, dijeron con hondo y acertado pensamiento:

Desde Europa
a J. García Monge animador de la
cultura en América con
"Repertorio Americano"

-o-

Diez años de lucha son virtud rara en nuestra América donde son tan fugaces los esfuerzos individuales en pro de una obra idealista.

J.García Monge, cumpliendo optimista y sereno, ante muchos peligros que le amenazan, el décimo aniversario de Repertorio Americano tiene derecho a la admiración y al respeto de la inteligencia y de la opinión americana, no solo por cuanto con su labor incansable ha aumentado, en mucho, el prestigio de su noble patria: la libre Costa Rica, sino también porque realizándola contribuye a la clarificación del pensamiento y de la ideología americana por ende.

Quiénes en diversas circunstancias le hemos ayudado en sus campañas [redacted] de tanta significación para el porvenir de la cultura en Nuestra America, le rendimos el homenaje espontaneo de nuestra admiración y la solidaridad de nuestra adhesión fraternal; convencidos de que ello sera, quiza, un aporte para imponer el respeto que una labor admirable merece por sus virtudes, por su hondura y por sus resultados.

Manuel Ugarte: 54 rue Saint Philippe Nice.-
France.-

Froylán Turcios: Av. Charles Floquet 26
Paris.-France.-

Haya de la Torre
Wirschaft Institut Latain Amerika Instituto Económico Latinoamericano
Douglas St 30 A Berlin- Alemania

Prof. Alfonso Goldschmidt
Grunewald

Por la Sección del Apra en París y su Centro de Estudios Anti-Imperialistas

Luis E. Heysen: Sánchez "La Prensa" de Buenos Aires
41 Boulevard des Capucines.-Paris.-France.-

M. Teobaldo Ugarte. Dirección Centre Medico Chirurgical
Boulevard Voltaire 196. Asniers. Seine.
Paris. France.-

Julio Fuensalida. Leg. de Chile.
Paris. Bd. de la Tour Maubourg 64.-

Felipe Cossio del Pomar: 15 rue des Dames Augustin
Neuilly.-Seine. France.-

Gabriella Mistral: Cavi di Lavagne. Prov. de Gênes. Italia.-

Ventura García Calderón:
27 Quai de la Tournelle
"Editions Excelsior"-Paris
5em. France.-

Francisco García Calderón: 27 rue de Remusat.-Paris XVIem.-

Este hermoso testimonio de aprecio que con toda el alma agradecemos, salió de Europa el 23 de Diciembre de 1929, y llegó a Costa Rica, el 16 de Enero de 1930.

«Bolívar es un grande hombre, pero no es la patria; es un héroe, pero no es la libertad».

En medio de aquella confusión de ideas, de aquel trastorno de los elementos orgánicos de la sociedad, de aquella combustión de entusiasmos y de rencores, era de predecirse lo que sucedió: tres meses después de la proclamación de la dictadura estalló la protesta armada y fué *la noche tenebrosa* de septiembre.

Precisa definir, siquiera a grandes rasgos, el papel desempeñado en estas emergencias por el general José Ma. Córdoba y las orientaciones, en tan difíciles circunstancias, de su conducta y de su vida. No incumbe a mi actual propósito referirme a las proezas del militar hazañoso, que de ellas sabemos que fueron una serie insuperable de valor y de heroísmo desde El Palo hasta el Santuario, pasando por la cimera de Ayacucho. Basta decir que Córdoba dió honra a las armas de la Nueva Granada, al igual que los mejores guerreros de la contienda emancipadora de esta América.

Si la sangre de que se forman los hombres, si las tradiciones familiares que los educan y si el medio circundante que los rodea en los primeros años, no son fatalmente decisivos del porvenir—como seguramente no lo son—es

indudable que ejercen sobre aquellos una influencia preponderante.

El joven general de Ayacucho traía sangre procera de su abolengo español, de los Fernández de Córdoba de que allá se habla cuando se historía el valor ibero; recibió una educación recta, recia y cristiana, en medio del trabajo y de la pobreza; y sus pulmones de infante se ensancharon respirando aires de libertad en los picos de estas montañas «donde los vientos refrescan».

No recibió Córdoba una enseñanza académica, de esa que muchas veces no conduce sino a la complicación de las ideas y que embota la acción; ni se le podía pedir al medio en que se levantó ni a los verdes años en que tomó las armas; pero estaba muy lejos de ser un analfabeto y un hombre sin criterio: las lecciones que recibiera de Caldas, de Restrepo y de Serviez, su clarísimo talento natural y su amor al estudio, cultivado penosamente en los descansos de las marchas guerreras y a la luz de los vivacs, le dieron ideas propias y un juicio perspicaz y austero.

La leyenda popular ha hecho de Córdoba nada más que un soldado de fortuna, ha forjado un héroe dotado sólo de locura y de valor. En él había esto y algo más. Al ahondar en su vida y particularmente en su correspondencia, topa uno con el hombre civil, conscientemente enamorado de las libertades ciudadanas; con el hombre respetuoso de la autoridad y de la ley; con el republicano que fué a los campamentos, no a satisfacer su sed de sangre ni sus instintos salvajes sino su hambre de libertad y de justicia. José Ma. Córdoba tuvo una belleza moral, que no ha sido ponderada suficientemente porque está fuera de toda ponderación: su vida—en este sentido apenas comparable a la de Sucre—fué un ejemplar de magnífico desinterés y un espejo de honrada pulcritud. Si por la manos del guerrero, joven y fogoso, pasaron hilos de sangre, no alcanzó a mancharlas nunca el lodo del peculado.

Sólo haciendo convivir en Córdoba al militar y al repúblico, puede explicarse la gallardía de su vida.

Alejado de la jurisdicción nacional, ansioso de nuevos laureles, solicitado por sus jefes y por la gloria, quiere renunciar a todo y presentarse sumiso ante los tribunales de justicia, a ser juzgado como simple ciudadano, sujeto

—como todos—a la ley. Él también comprendía que ningún hombre es la patria y que ningún héroe es la libertad.

Por lo pronto, no le permitieron sus jefes superiores cumplir los abnegados deseos: lo esperaba y lo necesitaba la corona de Ayacucho: mas apenas ceñida la depuso y corrió a purificarse con el fuego de la ley.

En los días agitados de la convención de Ocaña, Córdoba se adhirió a las manifestaciones democráticas y civilistas de los militares, pero protestó con franqueza y con valor contra las amenazas de subversión del orden y contra las imposiciones de la fuerza. Comprendió que si se pretendía alcanzar la organización constitucional del país, era imposible que lo obtuviera la violencia.

Si para los hombres de estudio de aquella época, y aun de la presente, era y es difícil señalar la acertada solución a tan intrincados problemas; si las dificultades se acrecentaban para el elemento militar, para Córdoba fueron singularmente inextricables: sus disciplinas no fueron las de un estadista ni las de un profesor de derecho público; su gratitud y su admiractón por el Libertador, eran y debían ser extraordinarias; y, sin embargo, sus instintos y sus convicciones lo empujaban al campo de la república y lo hacían vacilar ante el caudillaje; y vaciló. Sólo se conocen dos especies de animales que no vacilan, que no dudan iamás: los irracionales y los fanáticos.

Córdoba tuvo la flaqueza o la ofuscación de acompañar a los que el 13 de junio proclamaron el poder omnímodo del Libertador y reafirmó su conducta claudicante con amenazas a los defensores de la legalidad. La historia tiene que perdonarlo porque fue joven y erró, porque amó mucho al padre de la patria y porque horas más tarde rescató la falta con la sangre y con la vida.

No así puede increpársele su comportamiento en la conspiración del 25 de septiembre. Es evidente que esa noche se puso, sin vacilaciones, de parte de su amigo y de su jefe y contribuyó, con eficacia, a salvarlo de la brutal agresión. Aun suponiendo a Córdoba enemigo del dictador y de la dictadura, obraba como buen militar y hombre de honor al poner su espada al servicio de quien se la había ceñido; proceder de otro modo hubiera sido deslealtad y traición, y en Córdoba no había materia para ninguna ruindad.

Pero el despotismo del *gendarme necesario* no ha sido—a Dios gracias—túnica que pueda cubrir holgadamente el cuerpo de Colombia; antes bien, la ha sentido como camisa de fuerza intolerable las pocas veces en que se le ha echado sobre sus carnes rebeldes. Cuando no se lo toleró ni a su mismo Libertador y padre!

Popayán, la ciudad de las gestas patricias, fue de las primeras en dejar oir voces venerables contra el cesarismo. Varones austeros pidieron a Bolívar, con respeto pero con firmeza, que depusiera las facultades discreciones de que se hallaba investido. Antioquia—*la provincia* por antonomasia—que había negado su adhesión a las manifestacionas militaristas elevadas a la convención de Ocaña, tampoco quiso suscribir las actas en que se proclamaba la dictadura. Desde Pasto hasta Cúcuta, y en Santa Marta y en Cartagena y en el Chocó... se sentía el asombro por lo que pasaba, la inquietud subterránea de los patriotas, la inconformidad de los que habían visto pelear las batallas de la liberación.

Por aquellos días, que fueron épicos en la historia colombiana, Córdoba se alejó del foco ígneo y absorbente del Libertador y fue a respirar los aires libres de la ciudad de Pubenza. Es indudable que allí experimentó una profunda reacción el guerrero y el patriota. Lo cierto es que renunció a sus prerrogativas y obligaciones militares, al mismo tiempo que a la amistad del César; encabezó decididamente la restauración de las libertades civiles y voló a Antioquia a defender con las armas la causa de la democracia... y a morir por ella.

Antioquia era tierra propicia para la ardua empresa, tan bien intencionada como temeraria. Córdoba contaba aquí, no sólo con parientes y amigos de influencias, sino con un núcleo de población que, en mayoría inmensa, coparticipaba de sus ideas libertadoras. Perdónese que abra aquí un paréntesis para insertar una auténtica tradición familiar, por su evidente significación respecto al estado de los espíritus en esa época: el 12 de septiembre de 1829, día en que el general Córdoba entró a Medellín, en franca rebelión contra Bolívar, acababa de cumplir catorce años mi venerable padre y cursaba sus primeras letras en la escuela municipal de la vecina población de Itagüí; llegada a esta la noticia de la rebelión, todos los niños abandonaron la escuela y salieron a la plaza, gritando vivas al héroe de Ayacucho y mueras al tirano; y por las tardes, aquellos soldados pueriles hacían ejercicios militares con fusiles de madera, bajo la dirección de un veterano, para ponerse en aptitud de incorporarse a las filas revolucionarias; en tales ejercicios los sorprendió el desastre del Santuario. Agregaba mi padre en comentario textual: «en ese tiempo todos éramos republicanos en Antioquia porque todo

el mundo decía que el Libertador Bolívar se había convertido en un tirano.»

Está dicho como la provincia mediterránea y aislada negó su concurso a las amenazas de la fuerza contra los convencionales de Ocaña, y su firma al entronizamiento del poder discrecional había dado el oro que pudo arrancar de sus veneros para que la emancipación pudiera llegar hasta el remoto Condurcurca, de tal suerte que las altas autoridades clamaban porque no se consumara su completa ruina. En el año angustioso de 1813, la Provincia, que se había erigido en Estado libre e independiente, contrariando sus recios sentimientos regionales y por medio de su legislatura, «reunida en soberana representación» renunció a sus facultades onmímodas y las traspasó al gobierno general de la Nueva Granada, para que éste obrara soberanamente en los ramos de hacienda y guerra y dispusiera, a discreción, de los bienes y de las vidas de los antioqueños. Así resolvió este pueblo el problema de la centralización, que tanta sangre costó a los que se empeñaron entonces en una federación imposible, que amenaza destruir la fábrica toda de la independencia. Para dar este paso ejemplar, de abnegación y de patriotismo admirables, se fundó la legislatura soberana de Antioquia en que «siendo la libertad un dón inestimable y precioso, no hay sacrificio alguno, por grande y dolorosa que sea, que no deben hacer los pueblos para conseguirla».

Fue aquí donde Juan del Corral y José Félix de Restrepo promovieron, por primera vez, la emanicipación de los esclavos y donde ella fue solamente proclamada como estatuto natural y constitucional de Antioquia. Para esos patricios, ningún hombre nacido bajo estos cielos tan anchos y sobre estas montañas tan enhiestas, podía vivir en servidumbre.

Ya se ve cómo supo Córdoba escoger el terreno propicio para la trágica epopeya, que él mismo llamó de la Libertad; y cómo es digna esta tierra alta de sustentar la escultura marcial y de custodiar los restos del general republicano.

Pero ¡alerta compatriotas! No nos envanezcamos con nuestras tradiciones, si no somos capaces de conservarlas puras; no nos vanagloriemos de nuestras montañas si no sabemos mantenerlas como baluartes de la democracia; y no seamos indignos del paladín que glorificamos, rindiendo pleitesía al cesarismo. Seamos modestos y recordemos para nuestra confusión y edificación, que en veces, sobre los riscos de Antioquia, también se ha ocultado el vuelo de los condores entre el humo del incienso quemado en oblación a los dictadores.

Apreciando con el criterio de hoy los dos hechos culminantes de 1828 y 1829—la dictadura de Bolívar y la rebelión de Córdoba, sucesos capitales que son como pirámides en la historia de Colombia y dignos de las más hondas meditaciones; juzgando con la experiencia de cien años agitados, turbulentos y fecundos, hay que condenar la conspiración y la rebeldía contra el que, a pesar de sus ofuscasiones en horas de tinieblas, fue quien dió libertad a un continente, fue el padre natural y sobrenatural de la Gran Colombia y a quien, si fue hombre y erró, hay que colocar alto, muy alto, como un semidiós, en los altares de la democracia universal.

Además de que, apreciando siempre con el mismo criterio actual, los dos remedios heroicos estaban fatalmente condenados a la esterilidad: la libertad es hija de la misma libertad y nunca de la violencia; lo que se siembra con sangre fructifica en sangre y siempre engendrará la injusticia.

Pero en la región de los principios puros y de las aspiraciones ideales, hay que acompañar a los conspiradores de septiembre y cerrar filas con los soldados de Córdoba.

La guerra y la tiranía son calamidades apocalípticas que aún deshonran a la humanidad y manchan con borrones rojos y negros el mapa de la tierra. Puede ocurrir que lleguen a ser de cumplimiento fatal; pero es lo cierto que mientras ellas perduren, no podrá decirse que exista la verdadera civilización.

Ninguna nación tiene derecho a sojuzgar a otra nación. ni siquiera para imponer su cultura por medio de la fuerza. Nadie, sea hombre, pueblo o parlamento, tiene la prerrogativa de gobernar por la arbitrariedad, aunque sea con el pretexto de establecer el orden o la libertad o el progreso. Las conquistas de los estados fuertes son más odiosas cuando traen el adelanto material, y las dictaduras son más funestas cuando se llaman buenas, precisamente porque acreditan esos regímenes de oprobio ante el sentimentalismo ciego de las masas. Cuando éstas carecen de ideales son fatalmente atraídas por la sangre y por la fuerza.

El despotismo nunca ha fundado nada estable y sus conquistas, por brillantes que parezcan, han sido siempre efímeras.

La justicia y los derechos del hombre y de las naciones que de ella emanan, no son conceptos que puedan medirse por kilómetros de territorio ni contarse por cantidades de oro ni balancearse con el peso de los armamentos. Son virtudes absolutas que existen por sí mismas y que son tan grandes y exigen igual respeto, así las posean el mayor imperio como la nación más débil, el más rico potentado o el último de los mendigos.

Es indudable que, para daño y escarnecimiento de la humanidad, experimenta ella cataclismos extraordinarios de los que no puede salvarse sino por medios extraordinarios: Pericles surgió de las guerras persas. César de las púnicas, Cromwell de la Guerra Civil, Napoleón de la Revolución Francesa. En nuestra patria hemos visto que sobre el caos que siguió a la Independencia se levantó el absolutismo del Libertador: y, en nuestros días, cómo después de la Gran Guerra se entronizaron las medidas de excepción y los gobiernos autócratas. Todo eso no puede ni debe ser sino temporal y es preciso mirarlo como una interrupción pasajera que sufre el ascenso hacia la necesaria y permanente soberanía popular.

No son la injusticia ni la arbitrariedad ni la violencia las que resuelven los conflictos de las naciones: a los pueblos hay que conducirlos de la mano, pero no arrastrados por el cuello.

La democracia se salva con la misma democracia. Ella tiene, sólo ella, la fórmula absoluta. Recordad con qué sencilla nitidez la consagra nuestro estatuto republicano: «La soberanía reside esencial y exclusivamente en la nación». Nada más, pero—meditémoslo bién—nada menos.

La soberanía nacional puede enfrentarse con los mayores males y tiene potestad de remediarlos. Ella dirá, pero ella sola, hasta dónde debe llegar la suma de poderes que confiere a sus representantes; si consiente las más extremadas facultades extraordinarias; si legitima el tremendo poder de un dictador.

La nación, por medio de su verdadera mayoría y de su representación auténtica, si tiene derecho a disponer de sus destinos y a salvarse o perderse a su albedrío. Ante este atributo esencial y exclusivo, las minorías y las naciones extrañas no tienen el derecho de intervenir: que lo dejen salvar o perder tranquilamente.

Si hasta allá llega y debe llegar la omnipotencia de la nación soberana, se comprenderá cuán imperioso es el deber correlativo que sobre ella pesa de perfeccionar sus elementos materiales, intelectuales y morales para corresponder a la magnitud de sus determinaciones; y cuánto es necesaria—digamos sagrada—la pureza del sufragio para que la soberanía no se convierta en la más vergonzosa de las farsas, en la más peligrosa e incalificable de las usurpaciones.

Homenajes como éste que hoy rendimos no pasarían de ser fuegos fatuos de patriotismo, fugitiva pirotecnia tropical, si no tuviera como preciso corolario los hondos exámenes de conciencia y los más levantados propósitos. La vida y la muerte del general José María Córdoba nos enseñan cómo se debe luchar por la soberanía, abominar el despotismo y morir por la república.

C. E. Restrepo

Medellín, Colombia. Dicbre. 12, 1929.

Polonia restituta

(Envío del autor.)

TAL denominación latina es la de una de las órdenes militares con que honra el nuevo estado polonés a sus hijos valerosos, y bajo ese titulo escríbense estas líneas, empeñado como está el que las escribe en corroborarle al lector el viejo concepto, desacreditado para tantos pesimistas, de que la personalidad moral de las nacionalidades dignas es brote que no se arruina ni empleando los medios más crueles, ni más engañosos, ni más sutiles, ni más brutales.

Dice Carlos Pereyra en el tomo de su *Historia de la América Española*, relativo a Méjico: «Si la existencia de Méjico se halla amenazada por la vecindad inmediata y por la situación económica preponderante de los Estados Unidos, la supremacía de la gran potencia se verá, a su vez, amenazada por el íntimo contacto de una raza inteligente, capaz de todas las audacias.»

En este terreno nos situamos nosotros: no basta la justicia de las causas para el triunfo de éstas. En la restauración de Polonia hay quienes ven, meramente, el triunfo de la justicia inminente, pero ello, a nuestro ver, es idea de nefelibatas, como los llamaba Darío. En la restauración de Polonia hay que ver más que nada el triunfo de la lucha denodada, tenaz y secular del nacionalismo polonés, no arredrado por nada en su brega heroica, y para las gentes prácticas, además temeraria e insensata. ¿Luchar contra los tres imperios más poderosos del mundo? ¡Locura la más grande, romanticismo el más aventurado y peligroso, credulidad la más risible, deliciosa ingenuidad!

Y sin embargo llegó el momento en que el sanguinario trío vió surgir, resplandecientes como ángeles, a todas sus víctimas de más de cien años: ahí estaban los que murieron en la interminable Siberia, de la que es muralla su propia soledad; ahí las víctimas del látigo cruel del cosaco; ahí los ahorcados de Lituania; los fusilados de la ciudadela de Varsovia; los que expiraron en las pétreas mazmorras prusianas; ahí los que exhalaron su último suspiro soñando con desclavar a su patria, que veían crucificada y sangrante; ahí también los que salieron de la oscuridad de la vida terrena para adquirir el destello de la gloria, conocida o anónima, en desiguales combates, en que la superioridad del enemigo era afirmación inequívoca, pero aparente, de que el Destino estaba con la mala causa, de que la Providencia extendía su protección al robo, a la opresión, a la villanía, a la injusticia, y que se la negaba al Derecho.

La fe inquebrantable en sus destinos salvó a la nacionalidad polonesa: una labor de más de cien años, tendiente, ya no sólo a conservar la personalidad histórica, sino a vigorizarla y a destacarla más, hizo que ni el imperialismo germano ni el moscovita pudieran señorear jamás el alma de este pueblo.

Es frase corriente decir que los países no se salvan con discursos y con artículos; pero si a ese apotegma vulgar le diéramos blasón de nobleza, llegaríamos a formular este otro: los países no se salvan con literatura. Afirmar lo contrario será dar un rato de buen humor a los hombres que convenimos en llamar sensatos, y sin embargo, en su lucha despiadada, ¡cuánto le debe Polonia a su literatura, que precisamente en el siglo de mayor angustia para la nacionalidad es cuando más bellamente florece!

Tampoco es que digamos que las letras, por sí, salvan a los pueblos. Los pueblos amenazados por el imperialismo se salvan, precisamente aplicando con un dinamismo adverso, las mismas fuerzas que el imperialismo despliega.

Cruel y bárbaro el imperialismo ruso, cruel y científico el alemán, fué este último el que escogió el medio más terrible como lo es y lo ha sido en todos los tiempos, el que consiste en arrebatar al pueblo oprimido la propiedad particular de su suelo. Pero frente a este imperialismo agrario, surgió el nacionalismo agrario polonés. Y siempre ante una nueva forma de imperialismo, surgió una nueva forma de nacionalismo. Los invasores quisieron abolir el uso del idioma nacional, y ese idioma adquirió más vigorosos acentos, y los poetas surgían, a la llamada de los patrióticos clarines que los héroes muertos tocaban desde el más allá. Los invasores quisieron arrancar al pueblo mártir el consuelo de la religión, y la religión se agigantó en la lucha. Quisieron introducir una sensibilidad extraña en aquel cuerpo torturado y el alma que ahí estaba, con las alas tendidas, respondió con los acordes, ora marciales, ora majestuosos y reales, ora trágicos de las polonesas de Chopin. Los invasores levantaban monumentos, que significaban en sus presupuestos una partida imperceptible, y los oprimidos los levantan también, glorificando a sus héroes, mediante la contribución modesta de las multitudes, que a veces sacrificaban las necesidades perentorias de la vida, a cambio de la satisfacción de ver elevarse un símbolo que tradujese el patriotismo invencible que ardía en sus corazones. A la escuela del invasor se sustituyó, perseguida pero vigorosa, la escuela nacional. Los estudios históricos y folklóricos alcanzaron inusitado realce.

El romanticismo patriótico encarnó en la novela y dió a Sienkiewicz, quien con su inmortal *Trilogía* escribió un himno que cantaba las glorias del pasado, y afirmaba, con orgullo, la fe en las futuras. Encarnó en la poesía y dió a Mickiewicz, Slowacki y Zaleski. Encarnó en la pintura y dió a Matejko, quien evocaba en sus óleos los momentos más gloriosos de la historia de su país. Vivió en el siglo pasado. Una parte de Polonia, sufría las extremadas persecuciones de Prusia, y el artista, volviendo los ojos al ayer, hacía que su pincel genial recordase que siglos antes, el gran duque de Prusia, rodilla en tierra, prestaba homenaje a un rey de Polonia. También emergía en el lienzo, en los momentos de más angustia para la nacionalidad, la batalla de Grunenwald que marcó el final de las ambiciones de los caballeros teutónicos. Emergía también la rendición de los turcos en Viena, recordándole al pueblo oprimido y vejado que sus antecesores habían salvado la civilización cristiana de la invasión otomana. Encarnó ese romanticismo patriótico en la música y dió a Chopin, y también a Moniuszko, creador de la ópera nacional; y siempre frente a frente, en la lucha sin cuartel!

Pero esta defensa de la patria, grandiosa en el campo de las artes y de las letras, heroica en los campos de batalla, se hace también efectiva en el terreno prosaico y más humano, pero no menos importante, de las luchas económicas.

Renglones atrás hablamos del imperialismo económico, y digamos ahora, en qué forma se ejerció en la antigua Polonia alemana. Al intento no alcanzado jamás de abolir el idioma y las tradiciones patrias, y todo asomo de cultura nacional, se une el de desposeer a los poloneses de sus tierras. Había que arrancarlos del suelo y poner luego las raíces al sol, como se hace con las malas hierbas. En 1866 se fundó con ese fin la **Comisión Colonizadora.** Esta oficina, bien provista de dinero, estaba destinada a comprar tierras a los propietarios poloneses para venderlas, en condiciones favorables, a colonos alemanes. Los alcances del medio empleado eran inmensos, porque muchos de los propietarios carecían de medios para explotar sus fundos. Por otra parte la tentación del oro sonante y constante y la fascinación que ejerce, es, para la mayoría de de los humanos, invencible. Proponer al

dueño de un bien raíz comprárselo de contado y por un buen precio es, si no decidirlo inmediatamente a efectuar el trato, por lo menos ponerlo a cavilar hondamente. Además el propietario polonés que efectuaba la operación propuesta realizaba un acto de idiscutible licitud jurídica. La moral social y la religión callaban, pero la Patria enjugaba una lágrima. Nunca fué más grave la amenaza que padeció la nacionalidad polonesa. ¿Y qué iba a ser de Polonia? Errantes sus hijos, tanteando fortuna, bajo distintos cielos, perdido el solar tradicional, gastados los dineros que a trueque de él recibieran, su destino sería el de los gitanos. Pero una vez más el imperialismo vió enfrentarse contra sí, la misma fuerza con que pretendía extirpar al pueblo oprimido.

Bajo la inspiración de patriotas de verdad se fundaron en todos los lugares amenazados cooperativas de crédito que suplieron a los propietarios el dinero que les brindaba, tentándolos, el opresor. Esas cooperativas se convirtieron en el más eficaz medio contra la opresión económica y fueron la base no sólo de la defensa de la nacionalidad, sino también, en parte, de la actual prosperidad económica de Polonia y de la que en el futuro le espera. Modernizaron los medios de la explotación agrícola, educaron e instruyeron a los agricultores, aprovecharon el espíritu organizador y metódico del alemán y prepararon para Polonia libre un núcleo de vasta y completa preparación técnica. Para completar la eficacia de la organización de las cooperativas de crédito y agrícolas se fundó también un banco cooperativo, destinado a facilitarles dinero. Sólo el infinito patriotismo de los directores de este banco, que no devengaron honorarios en los primeros años de su fundación, hizo que el establecimiento sostuviese la cruda guerra que se le hizo y que creado con un capital de cuarenta mil marcos alcanzase en 1910 un giro de seiscientos treinta y siete millones de marcos. Las primeras cooperativas de crédito se fundaron a mediados del siglo pasado y en 1912 eran 197, y tenían colocados 256 millones de marcos entre los agricultores poloneses. Al recobrar Polonia su independencia esas sociedades se extendieron por el resto del país, se fusionaron con las existentes en la antigua Polonia austriaca y constituyen hoy día baluarte inamovible de la grandeza de la nación.

A su vez, también en la sección de Polonia que se hallaba bajo el dominio austriaco se fundaban sociedades de índole muy distinta: se trataba de sociedades gimnásticas que tendían a formar hombres aptos y preparados para luchar en los campos de batalla. Frente al imperialismo militar se erguía el nacionalismo armado. En 1905 fundó Pilsudski, en ese entonces un despreciable idealista, una asociación secreta que se llamaba ***Organización de Combate,*** que sirvió de base a una organización más vasta, que se donominó ***Unión de Sociedades de Tiro al Blanco.*** En 1914 había más de 200 sociedades filiales, y el 6 de agosto de ese año, poco antes de la declaratoria de guerra del Austria a Rusia, un grupo de soñadores, que eran militares de envidiable preparación, atravesaron la frontera de la Polonia rusa, y clavaron, temerarios, su bandera frente a los regimientos moscovitas. Venía al frente de ese grupo legendario el mismo idealista que fundara las sociedades a que esos valientes pertenecían, el mismo idealista que años después, llamado a la dictadura, espada en mano rechazaba fuera de las fronteras que con ésta veíase obligado a trazar, a la cabeza de un pueblo que la gran guerra había dejado exánime, las ambiciones del Este y del Oeste, y las del Norte y las del Sur, y liquidaba finalmente, en una magnífica batalla, fruto de genial concepción estratégica, al imperialismo armado de las huestes comunistas.

Permítanos el lector que a riesgo de fastidiarlo repitamos con profunda convicción la gastada frase de que los pueblos no perecen por débiles sino por viles, y que no perecen si son capaces de todas las audacias.

Teodoro Picado

San José, C. R. Enero de 1930.

Meditación de Año Nuevo

(Envío de la autora)

Año nuevo. Examen de conciencia. Hojear los trescientos sesenta y cinco días últimos para constatar que sus dolores fueron pesados de sobrellevar, y las alegrías—las que hemos dado y las que recibimos— pequeñas, frágiles, huidizas como pajarillos que cruzan volando los aires, pero que por un instante ponen en él la gracia de su vuelo y la caricia de su canto.

De cuitas innumerables atiborramos las horas. Ajetreo, vértigo de velocidad, prisa de ganar dinero, esfuerzos para satisfacer los sentidos colman los minutos, pero no apaciguan esa ansia de perduración y de progreso que constituyen las aspiraciones fundamentales del sér.

Porque a lo largo de la historia, el hombre, junto con perseguir la dicha individual (la vida ha de ser amable para que la soportemos con ánimo renovado) aspira ensencialmente a vencer su sino perecedero dejando una huella perenne. Estandartes de esos anhelos fueron las ideas generales por las que a veces dió su sangre: libertad de conciencia, libertad política, igualdad, servicio altruista. Cuando imaginamos que comenzaban a gobernar el mundo caímos vergonzosamente en el barro de las trincheras. Y la generación de hoy ensaya vivir sin ellas.

No se las ha reemplazado. No vemos que a esos estandartes salpicados de bestialidad humana, otros les hayan sucedido, capaces de dar ánimo en las adversidades, luz en las tinieblas interiores, cohesión para una grande obra en común. El único afán que queda en pie es la busca del placer.

A mí no me sorprende esta ansia irreprimible. Es una forma del instinto de conservación. Sólo que nuestro valer como individuos está subordinado a nuestro valer como parte de la especie, como eslabón en la cadena perdurable de las generaciones. Vivimos para nosotros y también para que mañana otros puedan vivir. Y el goce nuestro, para que sea fecundo, no ha de restringir sino acrecentar la herencia de cultura o de felicidad de los que vengan después.

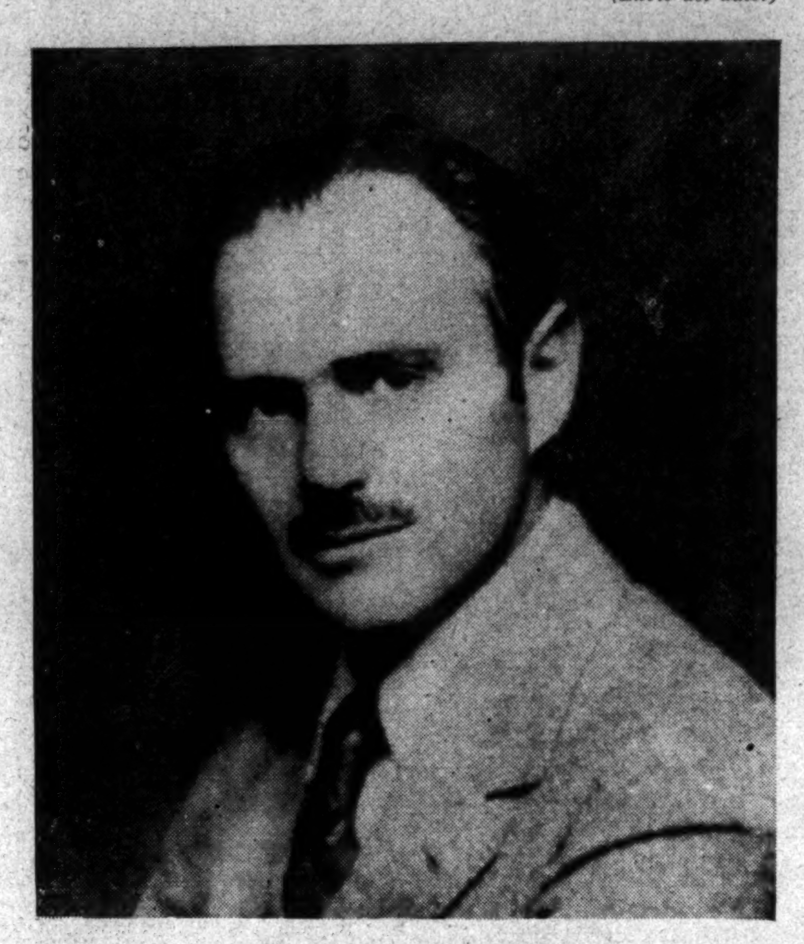
A esta obra colaboran las ideas generales, esos ideales remotos cuya realización no veremos—árboles de desarrollo lento a cuya sombra otros reposarán— Si les olvidamos, aunque llenemos de comodidades, placeres y halagos la vida, algo substancial nos estará faltando. Y porque sufrimos las consecuencias desgarradoras del vacío que nos han dejado, es parte de nuestra tarea de hoy volver hacia ellas. ¡Libertad! ¡Democracia! ¡Progreso espiritual! Su olvido ha acarreado despotismos, persecuciones, rebajamiento de la dignidad humana, crueldades innecesarias, desorientación fundamental. El ajetreo del dinero, del goce, hasta el dolor del instante no bastan. Llega una hora en que una se detiene a meditar: y el por qué y el para qué aparecen fatídicos y formidables. ¿Por qué y para qué vivimos? ¿Para el efímero interés del momento? No. Para ayudar a la mayor felicidad humana sobre la tierra. Esa acción colectiva, con vistas hacia el futuro de la raza es imposible sin el auxilio de las ideas generales. Revisémoslas. Mirémoslas con la experiencia cruenta de la post-guerra y con humildad, reconociendo que no fueron ellas sino nosotros—sus débiles portadores—los que nos envilecimos en los campos de batalla. Con las fuerzas que nos restan, comencemos de nuevo a izarlas lenta, cuidadosa, amorosamente.

Amanda Labarca H.

Santiago, Chile. Enero de 1930.

Conversando con Waldo Frank

(Envío del autor)



Waldo Frank

He esperado a que Waldo Frank deje el Perú, para hacer pública la conversación que con él tuve en Chile. Fue la nuestra una conversación sumaria: compusimos entrambos el índice de un libro, sin proponérnoslo, naturalmente, casi sin reparar en ello. Conversamos de lo que era propio que conversáramos, fuera de los rebuscamientos intelectualizantes y libres de todo encasillado reporteril, y, por lo mismo, con la honda y clara filosofía que tienen las palabras fluídas de los sucesos y de las cosas aún más triviales para el criterio de la vulgaridad.

Cuando supe que Waldo Frank estaba aquí, decidí ponerme en contacto con él. No había hecho tal ni con el pensador español menos español de los pensadores europeos, ni con el filósofo báltico que ha de estimarse como el más cabal producto dialéctico de la post-guerra. Los signos de «nuestro tiempo» no me interesan demasiado, desde el punto de vista del pensamiento europeo y menos aún orientalizado: mi interés mayor es por los signos de «nuestra tierra». Estamos situados, sin querer darnos constante cuenta de ello, en meridianos tan distintos, que huelga el asegurar que «nuestro tiempo» no es, ni geográfica, ni históricamente, el europeo, siendo contraria a nuestra propia naturaleza toda actitud orientalizante: América en los labios del derrotismo —así le habló Romaín Rolland a Waldo Frank—es la segura Promesa y en los labios del humorismo—así le habló Anatole France—es la única Esperanza. Dolido yo del esnobismo con que jóvenes naturalmente inquietos y maestros calculadamente inquietantes quieren buscar en Europa solución para los problemas de América, cuando los términos fundamentales de tierra y población están en sus relaciones, en uno y otro Continente, precisamente contrapuestos, me sentí henchido del buen deseo de ir a estrechar con efusión entre mis manos las de Waldo Frank, obedeciendo a uno de esos espontáneos movimientos con que la Intuición suele aparecer en acuerdo frecuentes veces con la Reflexión. Sin discurrir al margen de la filosofía de Waldo Frank, el caso para mí interesante resulta de que tal filosofía es toda suya, quiere decir que sólo americana.

¿Cómo no sentirme deseoso de conocer a tal maestro de sí mismo? Bastaríame haber leído de él lo siguiente: «El americano que haya vivido verdaderamente en Europa —es decir, que haya estado en contacto con europeos—, si quiere salvar su vida, tiene que volver a su país... En toda Europa palpita este reto orgánico que ella nos lanza: el reto de la creación de América».

No es otro el eje alrededor del que hace girar toda su ideología Waldo Frank.

Hay que crear un Mundo Nuevo, un mundo que no sea como hasta ahora una simple continuación de Europa.

Y así es cómo este joven apóstol se decide a conocer personalmente a los hombres y las cosas de la América española, después de haber conocido, por orden natural, a los de España. Lo menos que podía hacer por mi parte, era conocerlo personalmente a él.

* * *

Hícele dar mi nombre por teléfono, y él tuvo la gentileza de no tardar en venir hacia mí.

Mi nombre ha debido de suscitarle en la memoria tal vez la leyenda, con tanto empeño propagada, de mi adhesión a todas las dictaduras de nuestra América, aunque no a ninguna de sus oligarquías plutocráticas, lo que vale tanto como decir que a la Fuerza, pero no a la Farsa: yo que tengo apuntado a favor de la América sajona el ejercicio de la tolerancia tanto política como religiosa, en una perspectiva en ese sentido de superior cultura a la de la apasionada Europa, no temí por un instante el que la tolerancia ideológica faltase en el ponderado espíritu de quien, al través del sajonismo de su fe democrática, habría de explicarse mis escepticismos hispanoamericanos por la desorganización de las que, con tanta propiedad, Lastarria calificara de apenas «semecracias».

Con la diestra extendida y risueño, apareció ante mí, suavemente, Waldo Frank. La primera impresión, que los intuitivos tenemos por definitiva, fue acariciadora y penetrante. La figura de este joven Apóstol es muy agradable a la vez que sencilla: no aparece —y ello en ningún momento, según hube luego de observarlo ensayando «poses» ni ademanes extraordinarios. Menos aún viste él una indumentaria llamativa. Tampoco habla con voz engolada ni gesto displicente... Y, sin embargo, algo hay que lo distingue, con no poner en ello esfuerzo alguno, como que trasciende de su persona a la manera natural que de su obra: una gran suavidad disimuladora de una gran fortaleza. Waldo Frank da la primera impresión de ser un hombre suave y fuerte. Desde el gran Rabí que no necesito mencionar, estoy seguro que así han debido y deben ser todos los que se sienten con vocación sincera para un apostolado.—Apóstol, no Profeta: tal este hombre suave y fuerte, que se me figura revestido de suaves plumas a la vez que armado de fuertes garras, como su Aguila.

(Pasa a la página 58)

PALABRAS en el homenaje ofrecido por la revista 1929 a Waldo Frank

Waldo Frank:

Nos hablaba usted ayer de la unidad hispanoamericana. También, de las diferencias específicas que rompen—integrándola—esa unidad. Parece que este momento es el adecuado para aislar las diferencias cubanas. *El homenaje de una revista auténticamente joven a un* hombre *de su estatura no puede tener otro objeto—puesto a un lado el de acatar sus talentos de pensador y de artista—que el de decirle con verdad y con limpieza a qué distancia se halla lo cubano del* Mundo Nuevo.

La Era del Instinto—*tan certeramente delineada por usted—que Norteamérica vive y Suramérica sufre, se está produciendo con notas distintas en nuestro suelo. No hemos tenido coyuntura, como otros pueblos del Sur, para situar frente a frente, en pugna desorbitada, pero fructífera, nuestros valores e intereses. El combate de Santiago de Cuba—que en su país como aquí se recuerda todos los años con dulces lloros oficiales—fué cosa irrelevante para los cubanos. Es muy triste que a treinta años de los cañonazos tengamos que decidir que aquellos hombres se mataban por un mismo anhelo turbio. Históricamente, con un sentido económico—y por tanto, humano de la Historia—aquel bombardeo fué un pacto. Las bocas de los cañones pudieron haber sonreído antes de disparar.*

Desde Santiago de Cuba, compañero Frank, no ha sido nuestra vida otra cosa que un gozoso acoplamiento entre lo colonial español y lo colonial yanqui. Mercaderías envueltas en banderas. Las nuevas fuerzas instintivas llenaron—y moldearon—los cauces venerables. Se solidificaron alrededor de la fábrica de azúcar. A la ruda rapacidad española siguió la rapacidad civilizada de Norteamérica. La industrialización de nuestra época—que puede ser una puerta—ha sido hasta ahora para nosotros la cadena más fuerte. A la sombra del Ingenio—Catedral de un orden artificial y antihumano—las inquietudes que pueden traernos un sentido justo y estético de la vida no han podido nacer. Si nacieron hoy, su medro sería ilusorio cerca—debajo—de manos directoras que en la Habana y en New York mueven las ruedas del Ingenio.

La insatisfacción material y espiritual que usted ha advertido en el mundo hispanoamericano afecta en esta tierra trágica tensión. Realidad colonial con soluciones más allá de la voluntad de quien la vive.

¿Será nuestra isla—privilegiada de la Era Instintiva—primera, por la fuerza de su dolor, de la Era en que cada hombre integre en función de humanidad—en sí y fuera de sí—el Orden Nuevo? Si las minorías, proyectadas fervorosamente en los pueblos dolorosos, han de decirlo, yo pido a usted, compañero Waldo Frank, que lleve a las de su país nuestra verdad y nuestra tragedia. Si no hubiéramos advertido en usted capacidad y voluntad para este mensaje cubano no lo hubiéramos sentado a esta mesa.

Juan Marinello

(Envío del autor. La Habana).

La invitación a Waldo Frank

Bogotá, 16 de diciembre de 1929.

Waldo Frank.—Cali.

Periodistas admiradores de sus ideales de renovación americana y de su obra de pensador anhelamos prolongue su viaje a esta capital, ansiosa de conocerle y escucharle. Diarios representamos verían con agrado consintiera usted dictar aquí conferencias, que sabemos despertarían vivísimo interés en círculos intelectuales.

Saludámoslo cordialmente y deseámosle grata permanencia en esta nación, que considérale como hermano.

Sanín Cano, Eduardo Santos, *El Tiempo; El Espectador,* Luis Cano; *Mundo al Día,* Luis Carlos Páez; *El Diario Nacional,* Felipe Lleras Camargo; *El Debate,* Silvio Villegas; *El Nuevo Tiempo,* Ismael Enrique Arcigas; *El Gráfico,* Luis Esguerra; *Cromos,* Luis Tamayo.

(El Tiempo. Bogotá.)

Ortega y Gasset en Argentina

(Envío del autor)



Ortega y Gasset

El periodismo es el arte de dar la noticia y forzosamente requiere la rapidez. Cuando pienso que voy a ocuparme de una obra del autor de *Las Meditaciones del Quijote*, me asalta la idea de la falta de espacio y del sentido de las proporciones que poco tomamos en cuenta en estos pagos. Pienso asimismo que esos párrafos extendidos ante mi mesa son la substancia de días, semanas, meses de meditación. Yo leí la obra ayer y entrego mi resultado esta noche. He aquí la cuestión de las proporciones.

Las opiniones que ha suscitado en el gran escritor español la República Argentina, o Buenos Aires, mejor dicho, son interesantes. La Argentina se ofrece a los ojos europeos, y aun a los ojos de escritores, con proyecciones de negocio, de prosperidad, de tal manera que es difícil conseguir opiniones verídicas sobre el país, a menos que se trate de caracteres altivos, «insobornables», como el de Ortega y Gasset o Pío Baroja, que son, y no está de más decirlo, amigos íntimos. Es triste que Blasco Ibáñez no haya construido una novela, una gran obra de intuiciones sobre la Argentina que conoció hasta en sus fronteras remotas.

Ortega y Gasset, en el número VII de ese faro europeo que se llama *El Espectador*, dedica, en letra cursiva y a la cola *(in cauda venenum*, recordando a Alone) un ensayo titulado *Intimidades*, en que nos deslumbra con ese estilo farolero, con esos revoloteos de imágenes, con esa gracia madrileña y con esa agudeza inimitable. De vez en cuando, como si boxeara con su sombra, el escritor imagina por dónde se sentirá herido el contricante, y baraja golpes invisibles del aire o se excusa, con un elogio monocorde que al fin molesta: el autor pretende siempre— con ese Don Juan apenas dormido en todo español— que la mujer argentina es superior, maravillosa, en lo cual estamos muy de acuerdo. Pero... pero no dice nunca por qué razones es maravillosa.

La pampa... promesas.

Para el autor la Argentina se define en nubes, arreboles, diseños, espejismos....

Encuentro mucho arte, o artificio, en la parte que dedica a la pampa. Ese estilo pomposo, de alta presión, proviene del formidable pasado de la lengua castellana. Sólo el talento libra a las ideas de perder precisión en esa orgía de vanidad.

Pasando la parte de la pampa el autor deja la gola castellana, aunque no el sentimiento jerárquico, espontáneo en todo español. Es fatal que ellos asuman con nosotros una actitud magistral. Sin duda, adivinan en nuestra íntima estructura el gusto por el abalorio y el respeto atávico a la armadura toledana, que renueva en ellos un gozoso deseo de mando y hazaña. Sin duda, hoy como en el siglo XVI, es aquí donde se lucen y es aquí donde recogen el botín, espiritual o material, para poner a los pies del Guadarrama. (En el caso del señor Ortega pocas veces vi mayor desdén por el dinero: su botín es espiritual).

Primero, muy madrileñamente, nota el ensayista que Buenos Aires es una ciudad muy áspera y de alrededores informes. Este concepto de aspereza no nos extraña; muchas veces dijimos que Madrid es la más armoniosa, distinguida y estable de las ciudades. Madrid me hace el efecto de viuda rica con renta comodona en papel del Estado, «que engorda y se abanica», usando la justa interpretación de Giménez Caballero. Buenos Aires podrá imitar mucho de Europa; podrá comprar cuanto quiera, pero lo que no se compra ni se puede imitar es, poniendo por caso, la calma señorial, la quietud de una calle madrileña, con porteros eternos y nodrizas contentas que ni vislumbran esa cuestión social desparramada aquí en todos los medios y que hace desagradable la vida.

La aspereza de Buenos Aires es la misma de todas nuestras ciudades: irritación del mestizaje, agresividad, carencia de elegancia espiritual. Acaso el ensayista dudó de su pasado, de su frase perfecta, redonda, golpeada, que desentonaba en esa garrulería optimista de urbe nueva y voraz. Las palabras cosmopolitas sonarían a advertencia: «¡Pase, caballero, pase! ¡Vení ché, mirá!» Acaso dudó el maestro cuando dijo: «Pero Buenos Aires, por bien o por mal, pone en carne viva, desuella nuestra persona, la hiperestesia...» Todo eso es duda, sospecha de haber vivido en el error. Es América también, que manifiesta su fuerza incorporadora. El hombre vacila y se siente simple semilla en el molde hirviente.

Extractemos párrafos del autor, documentos *ad hoc* que iluminarán al lector para entender estas observaciones. Dijimos que comenzaba en la Pampa.

«Tiene el don de poblarnos el espíritu con promesas, reverbera en esperanzas como un campo de mica en reflejos innumerables...» La pampa repite el fenómeno siciliano de la Fata Morgana; en el cielo y la tierra liquefacta el hombre cree ver dilatados mirajes de porvenir, de gloria, de plata, de amor. La grandeza silenciosa arrebata, encumbra como una alfombra de Aladino. Ortega y Gasset desconoce el humorismo llano a la manera inglesa o francesa; se diría que lo rehuye para presentarse siempre pomposo, de etiqueta cerebral. Ni un momento se olvida que está en función de genio. El chiste en que pretende recordar a Kant por el grito crepuscular «¡Crítica! ¡La Razón!», es ingenioso, pero literario, increíble.

Extractemos párrafos del autor: «La Pampa se extenúa en gestos promisores. Ella no está en su material consistencia, sino en sus incesantes alusiones». «Otra consecuencia acarreada por la falta de viajeros, es que el argentino no sabría recibirlos: de tal modo está habituado a su ausencia. La persona que al llegar a Buenos Aires dijese que no iba a nada determinado, sino simplemente a vivir, lo pasaría muy mal». «¿Cómo se puede entender que a un hombre sorprenda que otro se proponga simplemente vivir? Sólo de una manera: si el que se sorprende, él mismo no vive».

Muy interesante, y clave para la ausencia de turistas. Aquí no se comprende al hombre quieto, al boquiabierto, al pazguato que se extasía en las calles, que curiosea y vive por vivir. Esos son frutos maduros sin posibilidad de reformas o mutaciones; frutos de Europa. De la página 212 anoto: «No agradece el viajero lo que los argentinos han logrado hacer hasta ahora en vista de que aún les falta mucho para dar por fabricado un pueblo adulto y echarlo a andar por la historia. Pero si en vez de partir de la Argentina actual, se la aniquila *in mente* y se encuentra uno con la Pampa inicial y los vagos tropeles de la indiada y los pequeños núcleos de colonizadores españoles y se piensa que en poco más de un siglo, con esos materiales ha podido edificarse la nación que hoy hallamos, nos parecerá la historia argentina una *performance* maravillosa».

En rigor no se puede decir «con esos materiales», ya que por mucho que progresaran los vagos tropeles de la indiada y los pequeños núcleos de colonizadores, no habría nación argentina, tal como se nos ofrece en la actualidad, sin la constante afluencia de emigrantes. La Argentina ha *mamado* Europa sin descansar, y podemos decir que la ola europea hizo naufragar al tipo criollo en la costa y que su influencia se extiende hacia el interior. A este respecto deseo poner en guardia a los iberoamericanos que se imaginan poder trasplantar la moral y el carácter de grandes naciones por el método de la inmigración. Esto es en parte una ilusión, por cuanto el europeo que permanece en América da frutos diferentes, enormemente modificados por la vida

que llevan, por el alimento y el clima.

La mezcla de ciertos europeos con mestizos iberoamericanos suele dar resultados desastrosos que muchas veces he comparado con el crecimiento exuberante y estéril que alcanzan aquí ciertas plantas reputadas en Europa por su utilidad y tacto.

En otra parte el ensayista dice que el argentino es un «hombre a la defensiva». Explica: «En la Argentina, el puesto o función social de un individuo se halla siempre en peligro por el apetito de otros hacia él y la audacia con que intentan arrebatarlo».

Esto es muy exacto y puede aplicarse a otras tierras sin temor a equivocación. Por desgracia, todos se creen aptos para el desempeño de todos los puestos. No he conocido una persona en estos pagos que, al preguntarle por alguna materia, responda: Ignoro. Es claro que si el desempeñante de un puesto se llama Barón de Río Branco, nadie osará pretender a suplantarlo.

La sociedad que vive de apariencias, dándose méritos reflejos, suele crear personajes, inflándolos colectivamente para halagarse a sí misma. En general los inflados no son los más probos ni de mayor talento. Son los mediocres que por lo mismo vivirán temerosos de perder su situación y permitirán las filtraciones de dinero y el ascenso de otros tan mediocres o peor que ellos. Por algo escribió Ingenieros ese tratado científico del *Hombre mediocre*, plaga de nuestra América, por inmoralidad y ausencia de espíritu civil.

Dice que el argentino es inaccesible. Todo al principio invita al español a la más pronta y deslizante interpenetración, «pero es un *trompe l'oeil*, como si en una costa acantilada alguien pintase avenidas seductoras». Es que el argentino deja de sí mismo sólo su contorno exterior, la periferia de su alma, lo que de ésta da al contorno social. ¿No dijimos de los antiguos torneos elegantes en el Parque Cousiño, que el Museo de Grevin había salido a pasear en coche? Es muy de nuestra América darse importancia haciéndose las personas un tipo, una cara, una voz, unos ademanes para el público. La verdad de los espíritus se sabe raras veces. Cuando hay terremotos la gente suele tener gestos humanos; las damas salen con papillotes en las sienes y los hombres en pijama. Entonces cada uno es como es. Pero, ¡caramba! Ha sido preciso que se caigan casas.

En lo que nosotros los chilenos somos diferentes de los argentinos, es en la elegancia que Ortega y Gasset notó. Pocos se ocupan tanto de la vestimenta en el mundo como los argentinos; en cambio, al chileno le agrada *apequenarse*. El roto paga más en una agencia por zapatos usados que por nuevos. Uno me explicó diciendo que los usados están *amansados*, y por esta misma razón le gustaban las viudas. En todo caso, el chileno prefiere la ropa holgada y no muy a la moda. El argentino se viste a la moda más un 60 por ciento; es lo que en Inglaterra denominan *overdressed*. (Véase *Cap. Polonio)*. El argentino carece de elegancia espontánea; no es elegante: sigue la moda, que es muy distinto. Elegante puede ser un gañán sentado en la tarde a la puerta de su cabaña. La elegancia no es el lujo, no se compra, no imita modales: es la esencia natural de un estado espiritual.

Hojeando revistas sociales de Beenos Aires, asombra la uniformidad de las *poses*, ropas, pantalones, cuellos de los novios y novias, retratados al pie de la misma escala con un ramo de flores prestado por el fotógrafo para el caso. No hay pueblo más fiel a la moda que el argentino. Son de una disciplina y un método asombrosos. El argentino teme decaer, desentonar, empobrecer. En cuanto cree que alguien decae, lo deja. Un viajero francés me decía que abandonó el Hotel Plaza y se fué por comodidad a una pensión francesa, perdiendo todas sus amistades.

En suma el ensayo del señor Ortega contiene ideas útiles y enseñanzas o advertencias que podrían hacerse extensivas a casi todas estas repúblicas que se dicen hermanas. Cree el señor Ortega, como más tarde creyó el Conde Keyserling, que Argentina está indicada para un soberbio porvenir; para mandar. Añade que en sus juventudes descubrió la mayor posibilidad de inteligencia de los pueblos de habla española. ¿Cuáles otros conoce el ensayista?

Joaquín Edwards Bello

Santiago de Chile. Dicbre. de 1929.

Conversando con Waldo Frank

(*Viene de la página 56.*)

* * *

Suaves los pasos al llegar hacia mí, suave la voz al hablarme, suaves la figura y el ademán... pero lleno todo el joven Apóstol de cierta majestuosa fortaleza.

Frases cordiales para mi persona y para mi obra, que yo agradezco, me hace saber que va al Perú, en donde creía él encontrarme. Le hago saber que desde hace un año estoy viviendo muy a mi gusto en Chile: he asistido a la reconciliación de dos pueblos (Renglón trascendental para el índice de un libro).

Subrayo mi regocijo por saberle en actitud de dictar aquí algunas conferencias públicas.

—No es exacto que tenga ese propósito. Mi costumbre —díceme él serenamente— es la de dar conferencias públicas sólo en los países de donde he recibido para ello previa invitación.

Confiésole el desencanto que es para mí el no asistir a alguna de sus magnas lecciones.

—Tal vez las ideas que expongo— me insinúa, dubitativamente—sean poco gratas aquí. No de otra suerte me explico que con saber, sin duda, mi actuación en Buenos Aires, en donde ha sido constante por muchas semanas, de aquí nadie me haya invitado para nada.

¿Ideas no gratas? Hágole abandonar tal supuesto. Ausencia circunstancial de la representación diplomática de Chile en Buenos Aires, descuido tal vez de corresponsales noticiosos, cualquiera otra explicación hay que buscar para el caso. Lo lamentable es que se haya podido escuchar en Chile a altos personeros del pensamiento sociológico de Europa y se deje de escuchar, por razones ajenas a toda voluntad, al más alto personero de la mitad de América. Chile, que es uno de los pueblos hispanoamericanos de más distintivo carácter, apareciendo sin querer, menos interesado por el pensamiento de América que por el de Europa. (Otro renglón trascendental para el índice de un libro.)

Ensayo tal cual esfuerzo para que Waldo Frank se anime a ofrecer siempre aquí algunas conferencias públicas, asegurándole que habría de tener gran ambiente, más apreciable éste aún por no ser preparado; y él me repite que no puede romper con su costumbre. Adivino que de otra suerte aparecería él en los países en donde no estuviera previamente invitado para dar conferencias públicas, como en solicitud de que se le invitara; y, discretamente, no insisto.

Para evitarse compromisos Waldo Frank, ha atravesado Chile, así, a pies enjutos, por entre el asedio inútil de inúmeros visitantes, sin querer ponerse en contacto con la curiosidad. No sólo los Príncipes de la sangre, sino también los del ingenio, han de darse el gusto a veces de viajar de incógnitos; tiene que serle a Waldo Frank muy grato el recuerdo de Chile, pues fue aquí donde pudo, siquiera algunos días, sentirse dueño de sí mismo y, por lo tanto, a salvo de la popularidad con todos sus errores...

* * *

Aprovecho las circunstancias que me hacen ser el único visitante, sin representación ni significación comprometedora, atendido, excepcionalmente, así, por él, para hablarle de Chile con interés y en forma que no es del caso repetir; Waldo Frank se me demuestra muy deseoso de saber las filtraciones de la sangre irlandesa en la genealogía de esta joven nacionalidad, asociando tal vez los simbólicos nombres de O'Higgins y O'Connell, en las remembranzas que ha de hacer él de su ascendencia familiar.

Alguna vez acaso pueda observar con reposo este país surgido de una larga disputa entre los Andes y el mar, que acaba en el despedazamiento volcánico del Archipiélago...

Después de estar, según me cuenta, en México, viene ahora de la Argentina. Había saltado de la cabeza setentrional a la austral de esta Cordillera de los Andes, espinazo bicéfalo, que concluye por dilatarse al Norte en la Meseta mexicana y al Sur en la Pampa argentina... Después de conocer lo más serio que nos queda del pasado, viene ahora de conocer lo más importante con que contamos en el presente. Su viaje a Bolivia y el Perú habría de acercarlo al Amazonas, en cuya hoya la profética frase de Humboldt mece la cuna de una futura Humanidad...

Estudiando ruinas históricas y accidentes geográficos, el sociólogo de América bien podría señalar los derroteros apropiados para nuestros pueblos: no hay que olvidar que la Historia es un corolario de la Geografía... ¡Ojalá que este joven Apóstol quisiera redescubrir nuestra América, como ha redescubierto la suya!

Al entrar por Bolivia en el Perú, fácil le hago ver el camino hacia el Cuzco.

—Considero imposible —me dice— llegar a un aproximado conocimiento de la América, sin conocer el Cuzco.

Manifiéstame tanto interés por conocer la ciudad de los Incas como la de los Virreyes. Robustece tal interés afirmándole que ambas ciudades son los exponentes respectivos de la mayor cultura precolombina y de la mayor cultura colonial en Sud-América. Por poco que de una u otra cultura se perciba, el pensador encuentra en los ambientes actuales un lógico sedimento

de siglos que llega a trascender. (Otro renglón de importancia insinúa nuestra conversación para el índice de un libro).

Inclinado como le noto en las culturas seculares de nuestra América, le insto a que trate en Bolivia de visitar las ruinas de Tiahuanaccu, en donde es posible que haya tenido asiento la magna civilización del legendario Imperio de Ofir.

Cree Waldo Frank haber tomado idea de que el salomónico Ofir estuvo en Sud-América, en la lectura de alguno de mis poemas. Le doy noticia de la tesis prehistórica de Montesinos; y asegúrole que mi intuición de Poeta me hace tener por segura tal tesis. Tomando como vértice Tiahuanaccu, abro yo ante Waldo Frank el ángulo histórico-geográfico que va desde las ruinas de la Isla de Pascuas en los mares de Chile hasta las de la civilización mayaquiché en Yucatán y Centro-América, repartiendo con la flota de Salomón, comandada por Hiram, las influencias fenicias, egipcias y hebreas que se notan a todo lo largo del Pacífico. (No puede ser más trascendental este renglón para el índice de un libro).

Waldo Frank pone atención muy viva en lo poco que le digo al respecto; pero tan interesado queda en realidad, que el cable me ha hecho saber más tarde cómo es que, en efecto, visita él las ruinas de Tiahuanaccu, de cuyos vastos dominios tomó Salomón para su Templo el oro que hoy es del Cuzco y la plata que hoy es de Potosí.

* * *

La visita de él a mi país, me recuerda en nuestra conversación las que he hecho yo al suyo.

Aludo al fraterno homenaje que, en el fastuoso local del ***Arts National Club*** de New York, me hiciera la ***Poetry Society of America***, en asamblea presidida por Willard —el director hoy de *The Nation*, la famosa revista de los Estados Unidos—sin que me sea dable olvidar la venerable figura de Edwin Markham, decano de los poetas saxo-americanos, para quien me complace escuchar de Waldo Frank frases de consideración respetuosa.

¿Cómo prescindir, en el recuerdo de mis principales relaciones con los Estados Unidos, de la ***Hispanic Society of America***, si a ella me liga hasta el retrato—admirable por interpretativo—que en sus galerías debo al glorificador pincel de López Mezquita?

Recorro los nombres de George Umphreys, de Isaac Golgberg, de A. Coster, de J. P. Rice, de E. J. Hills, de tantos más que—al margen los elogios a mi obra—han demostrado cómo en los Estados Unidos hay, sin duda, mayor interés y mejor conocimiento respecto a la poesía hispanoamericana que los que parecen tener los cultores de ésta en cuanto a la producción de que, sin embargo, han surgido Edgar Poe y Walt Whitman, influyentes, uno después del otro, en forma directiva, sobre las manifestaciones más altas de la moderna Poesía en Europa. (Renglón de importancia creo que también podría ser éste para el índice de un libro).

* * *

Tras de las naturales referencias a *España Virgen*, a *Nuestra América*, al *Redescubrimiento de América*, hágole saber a Waldo Frank que la última publicación suya que he leído es una muy sugestiva sobre la Velocidad... Hace él un gesto de extrañeza, y me aclara la idea de tal publicación como sólo un extracto de alguna de sus Conferencias en México.

Alábole yo, con sincero entusiasmo, la originalidad de sus apreciaciones sobre la Velocidad cuyo abuso censura él como una de las características de su gran pueblo. Natural me parece tal censura, pero ejercito el derecho de recordarle que, tomando la vida como vida, esto es, como algo temporal y perecedero, hay que convenir en que si las civilizaciones precolombinas debieron a los Conquistadores la incorporación de la rueda, andando los siglos, los Estados Unidos de América han incorporado, propiamente, la Velocidad en la vida de la civilización moderna...

Creo descubrir cierta complacencia en Waldo Frank al medir la intención de las objeciones que le hago; y aunque pudiera extenderme al respecto, así como ensayarle otras objeciones sobre el abuso del Confort—que también él censura en su pueblo—prefiero no decir palabra más y, en són de despedida, le tiendo la mano, silenciosamente: él me la estrecha entre la suya, agradeciendo mi visita. Y yo me alejo llevándome de este joven Apóstol, una inpresión suave y fuerte...

* * *

Mientras que me alejo, voy dándole vueltas a la filosofía crítica de Waldo Frank, respecto a su país, en las dos manifestaciones que él califica de abusos de costumbre y que yo quiero estimar sólo como excesos de vida. Abuso de la Velocidad, abuso del Confort; preferible es el exceso al defecto, en el ejercicio de un dón.

Los Estados Unidos son los incorporadores en la Civilización moderna de la máxima velocidad y del máximo confort.

Por la máxima velocidad es que la Civilización moderna ha dominado el agua—con el buque a vapor—la tierra—con el automóvil —el aire—con el aeroplano. Nadie puede discutir sus títulos al respecto a los Estados Unidos, que ya habían dominado el fuego con la invención de Fulton, de que deriva la de Morse infundiendo a la palabra escrita la velocidad del rayo.

Aristóteles tiene dicho que, «moverse es vivir». No cabe negar, sin embargo, qué la máxima velocidad es contraria a la contemplación, a la meditación, a la reconcentración, a la espiritualización y hasta al Amor, por lo mismo que la manifestación más alta de éste es la del éxtasis.

Pero el equilibrio de la velocidad está, precisamente, en el confort.

El confort, esto es, la comodidad, consiste en la satisfacción de las mayores exigencias personales con el menor esfuerzo: tiene, pues, un sentido contrario al del movimiento esforzado.

La Civilización moderna debe a los Estados Unidos, desde la perfección de los utensilios de higiene personal, con que cada mañana se estrena una vida en la bañera, hasta la luz eléctrica que ha anulado a la noche.

Dominada la vida, así, en movimiento y en reposo, puede esperarse la aparición de una cultura superior en el sentido dionisiaco y en el apolíneo. «Primero vivir, luego filosofar...» dijo el latino.

En tanto llegue la hora del espíritu, dentro del desarrollo material, les corresponde a los filósofos y a los poetas o evadirse de él o interpretarlo dominándolo. Entre los que se evadieron, están Emerson y Edgar Poe; entre los intérpretes dominadores, Walt Whitman y Waldo Frank.

* * *

He llegado a mi casa. He abierto un libro. He copiado un fragmento.

Waldo Frank dice así:

«Hay gargantas tan profundas que las montañas están perdidas en ellas como pedruscos. Picos desiguales traspasan las nubes. Ríos que se precipitan bajo tierra, y reaparecen encajonados por empinadas rocas de veinte pies de altura. Desiertos interminables de suelo sediento, erizados de cactus. Lagos que bullen violentos en una taza de colinas hirsutas. Terrentes en cuyo lecho relampaguean fuegos fosforescentes. Tajos, como el del gran Cañón del Colorado, donde la tierra ofrece sus entrañas abiertas, en cuyo fondo se percibe la estupenda matriz de la vida. Este frenesí es el teatro del drama de América: e inseparable de él, es la actitud de nuestros hombres y de nuestras mujeres».

Así es como entiendo yo de antiguo la actitud también de nuestros filósofos y de nuestros poetas.

José Santos Chocano

Santiago de Chile, 20 de diciembre de 1929.

Relato de como pasó el Sr. Lic. José Vasconcelos, candidato independiente a la Presidencia de la República mexicana, el día de las eleciones, 17 de noviembre de 1929

(Este relato fué tomado taquigráficamente de labios del propio Lic. Vasconcelos en San Antonio de Texas, el 15 de diciembre de 1929 y ratificado por él cuando se le presentó para que lo leyera.)

Súplica innecesaria de un gran pensador al Sr. Presidente

Gracias a los oficios de ciertas agencias extranjeras de información, que se distinguen ciertamente por su seriedad y honradez, los acontecimientos políticos de México se presentan muy frecuentemente al resto del mundo con notoria exageración.

Como prueba de lo que decimos, vamos a transcribir el angustioso mensaje que, desde Burdeos, dirige a este periódico el célebre escritor Romain Rolland, universalmente conocido, a propósito de la campaña política en que intervino el Lic. José Vasconcelos.

Dice a la letra el cable a que nos referimos traducido: «Periódico *Universal* México. Servíos transmitir al Presidente Portes Gil mi urgente súplica para que a toda costa sea protegida la vida de José Vasconcelos, preciosa para la humanidad y que se le permita dejar el territorio de México, bajo la cortés protección del Gobierno.»

El mensaje en cuestión está fechado el 4 del mes en curso. Ahora bien el 2 había hecho el Sr. Vasconcelos declaraciones a un representante de la Ass. Press, llegando a Nogales, Arizona. Ese mismo día debieron ser transmitidas a todo el mundo dichas declaraciones, para ser publicadas el 3. Sin embargo el día 4 estaba todavía Romain Rolland bajo la impresión de que peligraba la vida del ex-candidato, al punto de hacer necesaria su intervención humanitaria, cerca del Sr. Presidente de la República.

Muy alarmantes deben haber sido no obstante, las versiones puestas en circulación, por los enemigos de México en el exterior cuando el ilustre colaborador del *Universal* creyó indispensable interceder por la vida del Lic. Vasconcelos, realizando así un acto de humanitarismo, dichosamente innecesario.

(*El Universal*. México. D. F. sábado 7 de diciembre de 1929).

Los Angeles, California.
19 de diciembre de 1929

Romain Rolland
Suiza.

Estimado señor, amigo nuestro:

En vista del comentario falso y cobarde, como todo lo de nuestra infeliz prensa amordazada, que hizo El Universal *al verse precisado a publicar el telegrama suyo que les envió usted pidiendo garantías para la vida de nuestro gran José Vasconcelos, en días pasados, cuando tuve ocasión de verle en San Antonio, Tex., le pedí, para usted especialmente, el relato de cómo él, candidato libre y popular, había pasado el día de las elecciones en México. Usted juzgará si su petición angustiosa fué innecesaria después de leer su relato. Puedo añadir que en verdad, si la personalidad de Vasconcelos no hubiera tenido el relieve que sus méritos le prestan, no habría salido vivo de México y que en parte debemos a usted y a todos aquellos que con usted consideran* su vida preciosa para la humanidad, *el tenerlo aun entre nosotros.*

Copia de este relato y de la carta que a usted escribo, la envío a todos los amigos de la buena causa noble que Vasconcelos defiende, rogándoles, como a usted, que le den la mayor publicidad, puesto que sé que vamos a ganar el caso México ante el gran tribunal de la justicia y del honor del mundo.

Incluyo también copia del manifiesto de Vasconcelos escrito en su prisión de Guaymas, en donde dice que se sentía como Prometeo, preso en el islote del cual habla, lleno de viril amargura. La plana en que apareció, bien leída, explica la situación mexicana.

Rogándole me permita seguirle informando y recordándole la carta abierta que en mi anterior le pedí, por considerarla de suma importancia para romper la mordaza de la prensa en este país, respetuosamente,

Antonieta Rivas Mercado.

Teniendo conocimiento el partido de que el día de la elección, el gobierno extremaría los atentados, asesinatos y prisiones, resolvió celebrar el domingo anterior al de las elecciones una gran manifestación popular en cada uno de los pueblos y lugares de la República con el objeto de demostrar anticipadamente que la inmensa mayoría de los habitantes estaba dispuesta a votar por el candidato independiente. No obstante que la indicada manifestación fué prohibida por las autoridades, casi sin excepción se verificó en todos los lugares del país lo que vino a equivaler a un plebiscito. La manifestación del 10 vino a demostrar a los amigos y a los enemigos que en una votación libre el partido del gobierno, es decir, la imposición, no podría obtener ni el 5% de los sufragios. En consecuencia el gobierno decidió impedir las elecciones, ya que no abiertamente sí por el crimen, la amenaza y el encarcelamiento.

Desde varios días antes de la elección los jefes de los partidos locales fueron unas veces encarcelados, como en Hermosillo, Guadalajara, Navojoa y otras, expulsados de la población como en Cájeme, Tepic, etc., etc. En vísperas de las elecciones llegué a Mazatlán donde, como de costumbre, me recibió el pueblo en masa. Y ese mismo día a la vista de los cónsules extranjeros, la manifestación pacífica de varios millares de personas que me acompañaba de la estación al hotel, fué disuelta, sable en mano, por la policía auxiliada de las tropas federales que se escondieron tras las tapias del panteón para preparar una verdadera celada al pueblo entero en caso de que hubiese hecho resistencia. Afortunadamente tuvimos a tiempo noticia de la intriga del gobierno y aconsejamos a la gente prudencia, separándome yo del grueso de la manifestación en un automóvil por exigencia de la policía. En cuanto mi automóvil se separó de la multitud la policía cargó sobre el pueblo sableándolo sin motivo alguno, pues nadie opuso resistencia. Entre las víctimas se encontró un niño de tierna edad que fué degollado de un sablazo estando en brazos de la madre que huía delante de los polizontes y al grito de: «Viva Calles» mataban inocentes.

El hotel donde me hospedé en Mazatlán estuvo rodeado constantemente por la policía que impedía el acceso libre de mis partidarios y quitaba las pistolas a los hombres, para repartirlas después entre los policías y escasos empleados del gobierno que apoyaban la candidatura oficial. De esta manera los míos (el pueblo) eran desarmados mientras el mismo gobierno armaba a nuestros contrarios. Viendo que la situación en Mazatlán era insostenible porque no podía comunicarme libremente con nadie y porque todos los días mis partidarios eran golpeados o encarcelados, me decidí a salir del puerto. Pensé entonces en pasar las elecciones en Culiacán pero no pude detenerme en ese lugar, capital de la provincia de Sinaloa, porque allí, el gobernador en persona secundado por las autoridades, disolvieron y encarcelaron a grupos formados por nuestros partidarios y llevó a la estación a más de cuarenta hombres armados que me molestaron a mi paso por la estación del ferrocarril. Seguí entonces con dirección a Sonora acompañado solamente de un estudiante y de un ex-teniente del ejército que manejaba una ametralladora Thompson gracias a lo cual tuvieron a raya en dos o tres ocasiones a gente del gobierno que pretendió asaltar mi tren, sin duda para asesinarme. Por ejemplo, así ocurrió en San Blas de Sinaloa. La noche del 17 la pasamos en vela y con las manos en nuestras pistolas porque en cada una de las estaciones del trayecto la policía había sido apostada para molestarnos y he sabido que la policía, así como la mayor parte de los funcionarios del gobierno está reclutada entre los más conocidos asesinos de cada región; por ejemplo el asesino Francisco Elías, primo de Calles y que gobierna Sonora, va con una banda de treinta o cuarenta rufianes de pueblo en pueblo imponiendo el terror por el homicidio.

La mañana del 18 decidí quedarme en Guaymas para esperar allí la declaratoria del Congreso que de antemano sabía me sería adversa. En Guaymas comencé a recibir noticias de todo el país confirmando que la gente había acudido heroicamente a depositar su voto y que insistió en hacer presente su voluntad no obstante que en cada caso los lugares de votación fueron ocupados por fuerza armada que destruyó mis boletas electorales y amenazó a todos los que acudieron a votar. En una infinidad de casos las tropas no se limitaron a la amenaza sino que asesinaron a los votantes como sucedió en la misma capital de la República, en Tampico, Veracruz, Orizaba, Jalapa, Tepic, Torreón, etc., etc. No se tiene noticia exacta del número de los muertos porque el gobierno oculta estos datos pero casi no hubo pueblo donde no corriera sangre y las cárceles están todavía llenas de nuestra gente.

El ejército, que durante mucho tiempo estuvo simulando neutralidad, el día de la elección se quitó la máscara y se puso abiertamente en contra del pueblo. Esta actitud uniforme no se debió a convicción alguna por parte de los jefes, que son en su mayoría mercenarios, sin conciencia y sin pudor, sino a una orden expedida la víspera por Amaro, el ministro de la Guerra en la cual se daban instrucciones a todos los destacamentos y fuerzas armadas del país para que a

toda costa impidieran que el pueblo pudiera depositar su voto.

Mi situación personal en Guaymas fué semejante a la de Mazatlán en el sentido de que siempre estuve rodeado de fueza armada pero con la ventaja de que en Guaymas estuve en manos de oficiales del Ejército Federal que se portaron con toda cortesía y que le daban a mi prisión el aspecto de que se trataba de custodiarme y no de coartarme la libertad. En realidad no me dejaban ni de noche ni de día y me seguían hasta una playa de mar en un islote desierto a donde todos los días iba yo a bañarme en bote de remo. En vista de que me dirigía al extranjero no tuve dificultad para salir de Guaymas, pero tal vez la la hubiera tenido si insisto en volver al interior del país. Y en realidad opté por venir al extrajero porque muchos de mis partidarios, resueltos a hacerse justicia con las armas, me manifestaron que no podían moverse mientras yo estuviera en poder de las fuerzas del Gobierno.

Es creencia general en México, primero: que nunca ha habido una elección que más interesara a la gente y en la cual haya habido mayor número de votantes y, segundo: que nunca la brutalidad del gobierno había llegado a ser tan descarada y sangrienta.

Estando todavía en Guaymas el Embajador Morrow, que es el director de toda la poliítca gubernamental, me mandó sugerir, por medio del corresponsal Lloyd que en aeroplano llegó a verme, que hiciese declaraciones aceptando la derrota y declarando legalmente electo a Ortiz Rubio a cambio de lo cual obtendríamos ventajas mis partidarios y yo. Pedí a Lloyd dijera a Morrow que yo no era de su casta y que si él había ganado el primer acto del drama mexicano, puesto que había logrado sofocar la emisión del voto, tal y como seis meses antes me dijo que lo haría, cosa que me había insinuado por conducto del corresponsal del *Times* de Londres a la sazón en México, yo todavía confiaba que el segundo acto del drama sería tal y como también se lo había anunciado entonces a Morrow, es decir, una sublevación popular que tendrá que derrocar a Calles, el más consumado asesino de la historia de la América Española y a Morrow, su consejero y socio en la negociación azucarera del Mante y en toda la serie de manejos de la deuda y de concesiones hechas al National City Bank.*

(*Envío de la Sra.* A. R. M.)

Estampas

La política es uno de los valores nacionales
Hay que votar en las próximas elecciones
Hay que renovar el Congreso

Los que nos han oído proclamar desde estas páginas eminentes del *Repertorio* la aspiración por desentrañarnos un interés cierto por los valores nacionales, no sospecharán en nosotros abandono de esa conducta si en vísperas de elecciones hablamos de la trascendencia que ellas tienen en el país. La política es uno de esos valores nacionales. Sólo que aquí ha solido suplantársela por la politiquería y entonces el tufo ha obligado al ciudadano a taparse el sentido del olfato. Y por no tener libre ese sentido a la penetración, el politicastro ha podido mantener el ambiente nauseabundo.

Pero la política es un valor nacional y conviene restaurarlo a su sentido real. El ciudadano no puede abandonarlo sin exponer a la ruina una de las fuerzas que más escollos le quitan del rumbo de la libertad. La politiquería quiere hombres serviles. Por eso la cabeza que quiere pensar porque considera que esa es una de las funciones nobles de la vida, no soporta el aro domesticador de la politiquería. Esas cabezas son las que dan el triunfo al politicastro, con su abstención, con su repugnancia, con su timidez para imponer la voluntad condenatoria. Sin embargo, tiene el país urgencia de que la política como ejercicio de las virtudes cívicas, no se esfume sino que se manifieste viril y dé el tono noble a la venidera elección. Nadie que se haya dado cuenta de la multitud de problemas surgidos en los últimos años puede observar una conducta indiferente ante la cuestión eleccionaria. El Congreso tendrá que ser el organismo más importante en relación con esos problemas. De modo que precisa interesarse por que en la renovación de diputados sean electos aquellos hombres que garanticen a la nación el trato mejor a esos problemas.

De otro modo, persistiendo en nuestro repudio al movimiento eleccionario inmediato, los intereses que sí estan perfectamente organizados para adueñarse de los recursos vitales del país, ejercitarán sus poderes en el triunfo. Y lo conseguirán. La lucha que se acaba de librar para contener la penetración de esos intereses no debe perderla de vista el ciudadano. Fué recia y exigió que cada cual pusiera de su parte un gran impulso. No obstante, lo que ella definió apenas si es el punto de partida para la batalla del futuro. No nos engañemos de buena fe alardeando que ya el problema bananero, y el eléctrico y el de las rutas aéreas estan perfectamente resueltos en favor del país por una legislación que garantiza a cada uno de ellos su inmunidad contra el asalto de los intereses poderosos que ha herido. Hay una conjuración silenciosa de todos esos intereses para debilitar y reducir a la impotencia esa saludable y decorosa legislación. No se sostendrá ella si los ciudadanos no la sostenemos. Ninguna ley por avanzada que sea lleva en sí misma virtud bastante para regir victoriosamente. El que juzgue que con haber legislado sobre un asunto importante se le ha vuelto ya invulnerable, peca de confiado y de ingenuo. ¿Sobre cuál de los problemas de trascendencia que el país afronta no existen rosarios de artículos perfectos? ¿Y quién no ve que esas leyes no resolvieron nada, porque son letra muerta, burla de listos criollos y extranjeros?

Es que la ley constituye apenas un principio de la defensa de una nación. Es un pilar y sobre él debe levantarse la conciencia del ciudadano, a vigilar, a exigir una aplicación austera y viril. Sin este complemento primordial la legislación es artículo de museo y de ornamento. Y nosotros no vamos a colocar nuestras conciencias a un nivel mínimo. No vamos a engañarnos. Queremos ser fuertes y darnos cuenta clara de que todos los negocios vitales que en apariencia se han resuelto, no han sufrido en realidad sino el impulso inicial. Un gran impulso por la iluminación de las conciencias que se lo imprimieron. Pero nada más que un impulso en el rumbo de la libertad de la patria. Lo esencial es ahora procurar por que el movimiento sea creador. Si desarrolla ese poder podemos contar con que la ley ha asegurado su virtud previsora.

Sin embargo, ninguno de esos bienes nos vendrá si nos cruzamos de brazos en las elecciones inmediatas. La indiferencia no nos conducirá sino a la subordinación irredimible del país a los poderosos intereses extranjeros que acechan sus fuentes económicas. Comprendamos que al Congreso debe ir en esta ocasión el hombre fuerte de espíritu. A él con elegirlo no hacemos más que colocarlo a la vanguardia. Y en ese puesto de adalid no se disfrutan, no las disfruta al menos el hombre de honor, blanduras. Por una exigencia de la ley ya el ciudadano tiene delante de sí los diversos grupos de hombres entre los cuales habrá de elegir. Si tal circunstancia limita su discernimiento a unos pocos valores, le da a la vez ocasión de compararlos haciendo cuanto contraste necesite para ver de qué lado se inclina su voluntad electiva.

Es en ese contraste en donde quisiéramos uniformada la conciencia de todos los que sienten el deber de defender los intereses nacionales. Sin un oleaje de voluntades resueltas no se cumplirán nuestros anhelos de libertad. Si el ciudadano, si la mujer, si el joven no se han puesto a pensar que atravesamos una hora histórica de suma importancia, las elecciones inmediatas no tendrán significación. Serán como todas las elecciones, ostentarán las mismas inculturas, las mismas ambiciones, el mismo des-

aliento. Resultará triunfante el de apetitos y no el de aspiraciones, el vientre y no el espíritu. Porque en este camino de las diputaciones hay únicamente dos tipos de hombres en pugna: el que está con el país y el que está contra el país. Con el país están los que combaten el empréstito exterior esclavizante; los que repudian el latifundio y el latifundista; los que condenan el monopolio, sea este de la energía eléctrica o del banano; los que quieren abiertas a todas las alas nuestras rutas aéreas; los que conciben los medios de transporte ferrocarrileros no sujetos a ningún control absorbente. Este anhelo por servir al país impulsándole su libertad lleva a quien lo alienta en el fondo de su corazón, a una vigilancia perenne. Por eso ha encauzado sus fuerzas al nacionalismo. Hacia él convergen todas las aspiraciones por una patria realmente sin ataduras. No busca medios cómodos para vivir. ¿Qué amarga y llena más de inquietudes la vida del hombre que su rebeldía contra los intereses perfectamente organizados para el vasallaje? Las organizaciones forjadas por el capital de afuera son poderes endemoniados. Una vez caídas en un país, hundida la estaca, se revuelven y defienden su permanencia sin escrúpulos de ninguna clase.

Cuando reflexionamos sobre tanta cuestión importantísima y tendemos el pensamiento a la esclavitud que circunda otros países que sin previsión abandonaron a la politiquería esas cuestiones, o simplemente las abandonaron, nos estremecemos bajo el pensamiento de que igual destino trágico nos está reservado. El país ha tenido visión, sus hombres han sentido iluminada su conciencia y lo han conducido bien en gran número de problemas. Pero si ese beneficio sólo ha de servirnos para seguir esperando de la Providencia su mensaje salvador, el fin de muchas conquistas llegará pronto. No nos engañemos. Pensemos de verdad en nuestros problemas vitales. Pensemos en nuestros hombres. Estamos en vísperas de una elección de diputados. Hagamos de nuestro voto un poder decisivo. Consideremos una cuestión de honor votar. El país ha lanzado un llamamiento a sus hombres para que vigilen sus intereses nacionales, sus valores nacionales, llevando al Congreso espíritus fuertes. Demanda de nosotros la resolución de romper la indiferencia. Y no debemos atrofiar nuestra facultad auditiva. Escuchemos y enfilémonos.

Juan del Camino

Cartago y enero del 30.

Galdós

2.—*Véase la entrega anterior.*

Los dos campos.—La obra formidable de Galdós representa toda una época en la historia de las letras hispánicas y encarna la literatura de toda una raza en un decisivo período de su historia, el de la desintegración del gran imperio español que dura un siglo, desde el zarpaso del leopardo inglés en Trafalgar hasta aquel día infausto en que sobre las grises aguas de Cavite quedaba flotando, entre grandes manchas de sangre, la bandera española.

Imposible resulta, pues, ni aún en atrevida síntesis, abarcar el conjunto de la personalidad y de la obra galdosianas, imponiéndose, por tanto, siquiera dos grandes divisiones: el campo novelístico y el campo dramático.

El primero es en Galdós el más representativo; el más genuino, el más característico; el otro, nos atreveríamos a afirmar, que es el más genial. Ambos se completan y en medio de una multiplicidad que asombra, manifestada en más de un centenar de libros, presenta una unidad perfecta: la de la personalidad del creador.

Las novelas galdosianas.—En las novelas de la primera época, ***La Fontana de Oro*** (1870), ***La Sombra*** (1871), ***El Audaz*** (1872), ***Doña Perfecta, Gloria*** (1877), ***La Familia de León Roch*** (1878), está palpitante la lucha aquella. Esa lucha que agotó, que consumió a nuestros padres que se combatieron despiadadamente, defendiendo los unos contra los otros, lo que ellos llamaban *«sus principios»*, *«sus ideas»*. Se trataba casi siempre del fanatismo católico frente a la demagogia atea y libre pensadora, frente también al protestantismo que trataba de introducirse en el mundo español, y hasta frente al indiferentismo religioso. Los católicos cerraban contra todos, aliados con las tiranías y capitaneados espiritualmente por aquel monje apasionado y fanático que, por más de treinta años, ocupó la silla de San Pedro con el nombre de Pío IX. El asalto triunfante de la puerta Pía por las tropas gloriosas de Garibáldi soliviantó más a los fanáticos que recrudecieron la guerra religiosa. Guerra estéril, tonta, por cuestiones ideológicas que son del dominio sagrado de la conciencia de cada uno. El supremo sedante del tiempo, los avances de la cultura humana y, sobre todo, la gran Cuestión Social con su lucha de clases, que sí tiene una imperiosa razón de ser para destruir el inmenso lote de dolor que pesa sobre los desheredados, parecían haber terminado con las disputas religiosas. Ya estas no existían sino en las páginas de la historia y estaban vivas sólo en los libros de Galdós que acabamos de señalar; cuando ha venido a deshora a resucitar esa lucha en México un caudillo bárbaro para el cual el ser católico es ponerse fuera de la ley, orar un delito, ir a misa, un crimen. Así, pues, si antes la Iglesia Romana en el apogeo del jesuitismo llegó al extremo de ser lo que después dijo de ella un publicista mundial: «La obra mejor organizada por el demonio para enfriar la piedad de las gentes»....; ahora ante las atrocidades cometidas en México contra los católicos, no se necesita tener religión ninguna sino tan sólo ser hombre libre, para sentirse del lado de los católicos mexicanos, en nombre de una de las conquistas de la civilización: el respeto a la conciencia humana.

Las novelas galdosianas de la primera época, en las que por diferencias religiosas surgen tantos dramas dolorosos, y hasta tragedias, se diría que ahora ante el suceso mexicano que, felizmente, parece que ha llegado a su fin, han venido a cobrar actualidad, si ellas, como trasuntos de una época y como obras de sumo arte, no fueran eternas.

Marianela (1876) pertenece a esta época; pero es una obra aparte, un idilio inefable entre una pobre muchacha desvalida y un ciego todo inteligencia y sensibilidad. Se dá en esta narración una nota humana profunda y asaz rara en la literatura española: la ternura; tanto que, para encontrar sus fuentes cordiales hay que trasmontar la literatura universal e ir a D'Amicis, pasar a Dickens y hasta escalar las regiones goethianas en las que vive la inmortal Mignon.

Marianela que no ha estado nunca olvidada ni mucho menos, volvió a tener un nuevo y brillante avatar sobre el tinglado de la antigua farsa, gracias a la maestría escénica de los insignes hermanos Alvarez Quintero.

Los Episodios Nacionales constituyen la parte céntrica, el arco toral de la grandiosa basílica literaria erigida por el genio de Galdós. Allí está con toda su sublimidad con todas sus miserias; pero no estereotipada como en las páginas de la Historia, sino viviendo, vibrando, la España del siglo XIX. Y está en toda su integridad, en toda su intensidad, con todo su ambiente, con todo su carácter, con todos sus detalles. Millones de seres de todas las categorías sociales, de toda clase y catadura, obran y proceden como en la vida, de la cual dan una sensación plenaria. Nunca la reconstrucción histórica ha culminado tan alto como en este caso, en alas del genio que tiene la virtud taumatúrgica de la divinidad. España está allí, y si no aparece soberbia y prepotente como en los tiempos en que no se ponía el sol en sus dominios, es por que, cumpliéndose inflexibles leyes biológicas que rigen a los pueblos como a todos los organismos, se acentuó entonces aún más la curva decadente que se inicia a la muerte de los Reyes Católicos y termina con el desastre del 98, en que hace crisis la nacionalidad, comenzando la reconstrucción de España. Esas cinco series de libros son como grandes frescos murales pintados por un nuevo Goya: el mismo brochazo amplio, el mismo colorido fulgurante, el mismo modelado vigoroso, la misma composición valiente, la misma pincelada audaz y constructiva; y luego, la garra, esa garra invisible que va pintando a zarpazos y con plasma de vida. Igual españolismo medular, igual actitud ante los modelos, a los que no adulan jamás, así sean reyes o emperadores, dejándolos vivos para siempre con todas sus taras y con todos sus estigmas. Sólo que Don Benito no tiene el humor amargo del formidable aragonés ni su pesimismo desolador, y, muy pocas veces, su picardía aguda y refinada. Los retratos y las composiciones goyescas, los ***Aguafuertes*** y los ***Caprichos*** y las cinco series de ***Episodios Nacionales*** se diría que se completan maravillosamente, dándose la mano Goya y Don Benito, el uno en los umbrales y el otro en las postrimerías del siglo XIX español.

Cerrados los ciclos heroicos de la Independencia Española y de la Emancipación americana, adviene una realidad gris, anodina, cansada y mísera en que la sociedad española lucha y se esfuerza por desatarse las ligaduras que le impuso el absolutismo y, adaptando su vida al espíritu del siglo marchar al compás de Europa y de los tiempos. Esta realidad triste es la que le tocó vivir y reproducir al Maestro. Brumoso, sombrío, de innegable deca-

dencia es el espectáculo que a sus ojos escrutadores se presenta; viciado, difícil de respirar es el ambiente que le envuelve; débil y rota la voz nacional que escucha es la voz del agotamiento. Pero como, a pesar de todo, en medio de ese desbarajuste, tras tantas crisis, después de tantos fracasos, en el fondo de la entraña de la raza hay algo que alienta y vive y que evitará un hundimiento definitivo. Es el genio hispánico que alimenta fuentes insospechadas e inexhaustas de energía vivificadora y salvatriz. Allí tiene su origen ese hermoso optimismo saludable que orea y perfuma las obras de Galdós. Al narrarnos él las pavuras del ***Terror de 1824***, los fragores de la ***Tormenta del 48***, las miserias de ***Los Duendes de la Camarilla***, las desdichas de ***La de los Tristes Destinos***, las angustias de ***La España Trágica***, el fracaso de la Primera República, siempre hay algo que se salva, que permite fundamentar un anhelo, fincar una esperanza. Esa fe y esa esperanza son los dos grandes motores que, poniendo en acción a todas las fuerzas creadoras de la raza, han podido hacer posibles las palingenesias magníficas de la vieja y gloriosa España eterna.

En las ***Novelas Españolas Contemporáneas*** está encerrada con todos sus matices, relieve, colorido y movimiento la vida de la clase media, del estado llano español, de la burguesía. De esa triste burguesía española, sin independencia económica, dependiente siempre su vida de otras vidas; pobre clase cobarde humillada ante los de arriba y desdeñosa de los de abajo. Víctima de todos, y de su vanidad y de su abulia y de esa cosa terrible que es «el quiero y no puedo». Esta clase media cuán distinta se muestra en los libros de Balzac que en los libros de Galdós! En la ***Comedia Humana*** se presenta como el nervio y *sustráctum* de la nacionalidad francesa, con su amor a la vida fácil y cómoda, con su bonhomía sin grandes dolores ni grandes alegrías, con su desarrollado instinto de ahorro y de bastarse a sí mismo, formando el tipo más acusado de la democracia. Cada familia con su parcela y con su huerto, con su tienda o con su almacén, con el oficio o la profesión de sus *ancétres*, haciendo lo mismo que éstos hicieron, es decir, llegando a un nivel de vida conocido yá de antemano, sin preocupaciones ni aventura, en una búsqueda de especialización profesional a través de las edades, ha llevado la ciencia y la cultura de Occidente al grado que le vemos esplender en la gran nación latina. En tanto que en la epopeya galdosiana, la burguesía española es algo doloroso y grotesco. Esas pobres vidas atormentadas, obsesionadas por la conquista del pan cuotidiano, hacen prodigios de equilibrio, en la cuerda floja de la pobreza, para sostener una situación de vanas y tontas apariencias. Esos pobres empleados de *jacquet* y sombrero hongo, burócratas con treinta duros de sueldo, teniendo que sostener una familia entera con cuatro niñas de sombrero casaderas, son los héroes oscuros que libran una batalla diaria con la necesidad y con el hambre. Esas pobres señoras venidas a menos que han pasado de los esplendores del coche propio hasta las tinieblas de una zahurda, después de ascender todos los días al calvario de los Montes de Piedad y recorrer todos los recovecos de la usura, son las ánimas benditas de un purgatorio sin nombre. Luego, el enjambre de los fracasados que viven del «sable» y esas otras muchísimas gentes que nadie sabe, ni ellos mismos, de qué viven. Pero todos, eso sí, todos, hasta los que mendigan en los pórticos de las iglesias, llevan dentro de sí un gran señor y están dispuestos a todo, a irse a cualquier parte y hasta a emular las hazañas del mismísimo Hernán Cortés o de Francisco Pizarro.

«*Pérez Galdós*—dice el esclarecido hispanista Morel Fatio, en la Introducción a la edición francesa de ***Misericordia***—*se ha rebelado contra la idea de que la vida de las capitales todo lo nivela y uniformiza, descubriendo en ella, al contrario, una variedad infinita de caracteres y temperamentos, complaciéndose en penetrar y en escoger preferentemente sus héroes en los medios que por su mediocridad e insignificancia parecían condenados al olvido: en la clase media, los modestos empleados y los humildes de toda clase. La vulgaridad de una vida burguesa en el círculo fijado por las exigencias sociales le atrae antes que le repele y en medio de la monotonía del diario ajetreo, sabe descubrir pasiones tan intensas, virtudes tan sublimes, ridiculeces y vicios tan precisos e intensos, como en cualquier otra esfera social. Y hasta diré que el contraste entre las figuras originales, las individualidades que sabe componer, y en el medio indeciso del medio ambiente sobre el cual se destacan, les da un relieve extraordinario. En algunas de las novelas de esta serie, Galdós ha buceado más bajo aún, llegando hasta el mundo infernal de la miseria y el vicio. Como el poeta, se dijo un día:*

Or, discendiam omai a maggior pietá.

Lleno de conmiseración para con todas las víctimas de nuestras tristes instituciones, los vencidos de la cruenta lucha por la vida, los débiles, los valetudinarios e inválidos, ha hecho nacer y abrirse en tal ambiente flores de delicioso perfume, como la señá Benigna, *he-*

Baladas

(Envío del autor)

I.—Balada del Marinero

La noche era como un árbol
con claros frutos de estrellas.
El marinero cantaba,
embriagado de tristeza:
«¡Amarga vida del mar!»
«¡Dulce vida de la tierra!»
La noche era como un árbol
con claros frutos de estrellas.

El marinero vagaba
por la ciudad vasta y densa,
dolorido de placeres,
con el alma fría, estrecha.
Y la voz del corazón
le decía con tristeza:
«¡Dulce vida de la mar!»
«¡Vida amarga de la tierra!»

La noche era como un árbol
con claros frutos de estrellas.

II.—Balada a Rabindranath Tagore

Los niños y los poetas,
unidos en ronda clara,
por Rabindranath Tagore
diremos una balada.

Los poetas y los niños
tenemos igual el alma.
Por Rabindranath Tagore
diremos una balada.

Por él, que siempre es un niño,
aunque ya nevó en su barba;
por él, que en la Luna Nueva
acuna nuestras nostalgias.

Por él, que sobre la tierra
deja que vuele su alma,
pájaro que lleva un canto
de paz a todas las casas.

Por Rabindranath Tagore
diremos una balada,
una balada que tenga
frescura de rosas blancas,
levedad de hebras lunares
y transparencia de agua.

Los niños y los poetas
tenemos igual el alma.
Y en esta tarde de estío,
unidos en ronda clara,
por Rabindranath Tagore
diremos una balada.

III.—Balada del poeta vagabundo

Llevo por mi larga senda
una balada en los labios,
una sonrisa en los ojos
y el corazón en la mano.

¿Trae el recuerdo una pena?
La pena olvido en mi canto.
Llevo por mi larga senda
una balada en los labios.

¿Danzan la lluvia y el viento?
¿La tarde se ha ensangrentado?
Con la sonrisa en los ojos
sigo mi ruta, soñando...

Y no importa que te acerques,
soledad del desencanto.
No he de verte, porque llevo
mi corazón en la mano.

... Y por el sendero sigo
con la balada en los labios,
con la sonrisa en los ojos
y el corazón en la mano.

IV.—Balada estival

Muchacha que por la senda
vas caminando al azar
y tu lindo rostro enjugas
con tu blanco delantal.

El resplandor de la luna
en tu mano hace brillar
una sortija de oro.
Dime, dime ¿a dónde vas?

Siguió la niña llorando
y yo la dejé marchar
entre el dulce aroma de heno
de aquella noche estival.

Y a la mañana siguiente
el río entregó a la mar
un cuerpo de virgen, yerto
de tanto amar y esperar...

Gastón Figueira

Montevideo. Dicbre. 1929.

*roína de **Misericordia**; la adorable figura del niño* Luisito, *de* Miau, *o el exquisito* Nazarín *que es la más intensa y tolstoyana creación de Galdós.*

El escenario por el que pasan, unas hacia el bien, otras hacia el mal, y en el que se agitan y viven y sufren y mueren todas esas vidas anodinas, pero inmortales por el aliento que supo infundirlas el creador, es la Villa y Corte de Madrid, corazón de España. Y el Carro en que se aposentan esas almas está formado de la misma arcilla étnica que contiene otros millones de almas idénticas desparramadas al través de los vastos Continentes por los que España supo en días gloriosos irradiar toda la fuerza expansiva de su espíritu. Así, esas novelas que parecen locales, resultan casi universales: las sociedades de veinte pueblos se ven retratadas en ellas. Aparte de las diferencias de localización, el pensamiento central de esas narraciones y los problemas que en ellas se suscitan, son perfectamente comprensibles en los lugares más remotos de la América nuestra. Es que la esencia anímica es común para los españoles de los dos mundos, como nos es común el idioma, ya que el idioma no es una ánfora en la que se puede verter cualquier contenido, sino que es consubstancial con el espíritu del pueblo que le dió origen. España y América, indentificadas en espíritu y en lengua se emocionaron al unísomo con la acción de la ***Desheredada*** y del ***Amigo manso***, del ***Doctor Centeno*** y de ***Tormento***, de la de ***Bringas*** y de ***Lo Prohibido***, de ***Fortunata*** y de ***Jacinta*** y de ***Miau***, de la ***Incógnita*** y de ***Realidad***, de ***Torquemada*** y de ***Angel Guerra***, de ***Tristán*** y de ***Halma***, de ***Misericordia*** y ***El Caballero Encantado***. La comprensión fué tan plena, la compenetración tan completa que, pueblos tan geográficamente distantes como los ultramarinos, pero moralmente tan cercanos hasta aparecer indentificados con España, vieron proyectadas en esos libros como en una pantalla cinematográfica, de la cinematografía última, policroma y parlante, sus existencias cotidianas llegando a vivir esas obras y hasta tratar como amigos y conocidos a personajes y tipos que en ellas intervienen. Diríase que la calle de Alcalá, por obra de un mágico prodigioso, se alargaba, se alargaba en lo imposible hasta llegar a Buenos Aires, lo mismo que la calle de Toledo hasta llegar a México... y que aparecía radiante, como una gran aurora, la reintegración de la Patria Máxima!

Las ***Novelas Españolas Contemporáneas*** constituyen una soberbia pinacoteca de obras maestras. Después de conocidas, uno no acierta a cual preferir en su admiración deslumbrada. Pero si un lector extranjero viniera a nosotros y nos dijera que quiere conocer a Galdós por una sola de sus novelas, no vacilaríamos en alargarle los cuatro tomos de ***Fortunata y Jacinta***. Ante esta soberana creación no nos atrevemos ni a arrojarle las florecillas andinas de nuestro elogio, después de que le han cubierto de laureles Menéndez Pelayo, Clarín, Pérez de Ayala y la alta crítica europea.

César E. Arroyo

(Seguirá)

Elegia del estudiante

(Envio del autor)

Al abogado don ***Miguel Paredes C.***

Esta mañana al llamar por teléfono
un rumor de guitarras noctámbulas
bajo los maculíhues en flor,
escuché este mensaje de paloma:
¡Ya Miguel tiene el diploma!
¿Un cartón más qué importa al mundo,
y también al Salvador?

Lo más interesante del caso,
es que te nos hacías viejo,
que cada año nuevo
volvías a las aulas,
y aunque el vino viejo
se guarda en jarras nuevas,
la familia no entiende de estas cosas,
porque cree que el muchacho está gastando
los pocos reales y hasta la paciencia...
Y hay que tomar en cuenta en estos casos
que el café sube y baja,
como el niño del libro de Mantilla,
y hay que entender lo que dicen los peces
en el gran acuario del Golfo de Fonseca,
comentando la Doctrina Chamorro:
«Lo tuyo es para mí,
y lo demás ya se sabe...»

Pero bien,
me estoy poniendo en homilía
como el Padre Delgado
cuando llamó al pueblo al somatén.
Yo brindo, como él,
por ti, Miguel,
bajo el mexicano cielo de añil,
con un par de *pupusas*
y un poquito de chicha pipil.
Y porque algún día te ciñas
la corona del indio Aquino,
que era de oro fino,
según dice Miguel Angel García
y lo repite Calderón Ramírez.
Esa corona en el Popol-Vuh
o en Gavidia tiene unas palabras
que parecen escritas para ti;
las de las monedas del tiempo aquel
en que Malespín, como lo hizo Regalado,
ante el pavor de las mengalas
echaba el caballo al trote
contra las canastas de frutas
y los huevos de las gallinas próceres,
y que luego pagara el Erario...
Mi querido Miguel, el Erario esta pobre,
y las palabras numismáticas son éstas
(te las regalo esta noche
de parte de Morazán
y con permiso de Uriarte):
el libre da la paz
pero el siervo jamás.
Esto es más
bello que las mentiras de Espino,
que «el mínimum vital»
y que nuestro Ilopango de cristal!
Te lo juro por todos sus hermanos
del Golfo tripartito
que lleva el nombre del tío ilustre
de Petronila Fonseca.
¡Miguel, convéncete,
lo esencial es tener un tío de esos
y un cartón como el tuyo!
Te lo digo desde lo alto
de la pirámide recién descubierta
por don Antonio E. Sol,
mientras lloran
con lágrimas de viejo amor
unas guitarras dulces
bajo los maculíhues en flor!

Rafael Heliodoro Valle

México, D. F., 23 de Diciembre de 1929.

Tablero

= 1930 =

Hay una inquietud indecible en la gente nueva y mejor de Cuba, porque Raúl Roa García, una de sus más viriles y simpáticas figuras, desde fines de Noviembre está encarcelado en la fortaleza de la Cabaña, en la Habana. Cómo? También en Cuba se encarcela a los jóvenes independientes? Cómo? Volveremos a los tiempos de Martí, en que, desde afuera, haya que trabajar—otra vez!—por la libertad de Cuba?

No sabemos si ya Roa García gozará de libertad, hasta donde puede llamarse libre hoy el cubano, bajo la mano dura del dictador Machado.

Pero lo dudamos; cuentan que los que alguna vez penetran en el recinto trágico de la citada fortaleza colonial, es para mucho tiempo. A Roa García se le acusa de *estudiante díscolo*. En el Código Penal de la dictadura la noble rebeldía de los jóvenes es un delito.

La mocedad, el talento y la honradez de Roa García, compañero en desgracia, muevan el ánimo de los estudiantes de nuestra América y que el gobierno de Cuba oiga que en todas partes se alza un clamor de justicia: que Roa García sea puesto en libertad. Y que el gobierno de Cuba no se muestre sordo a ese clamor que sale del corazón mismo de nuestra América, en lo que ella tiene de mejor en sus esperanzas: los jóvenes.

Instituto Ravasini de Sociologia

(Sección ibérica y americana)

Bajo la presidencia del ilustre sabio ***Jorge José Ravasini***, cuyo nombre es familiar en todos los medios científicos por sus descubrimientos y trabajos sobre la constitución de la materia (Teoría Monelectrónica), sobre la fenomenogénesis de la gravitación (Teoría Barogenética), sobre las manifestaciones biológicas mas rudimentarias (Teoría de la Autocatálisis), así como sobre los problemas sociales y antropológicos del Asia (Renacimiento Persa) y de la Europa Oriental (Estudios Yugoeslavos), y por la Expedición Científica Ravasini, que ha recogido preciosos documentos para el conocimiento geológico y antropológico de los continentes eurasiático y africano (Enciclopedia Universal del Asia y Africa), acaba de ser inaugurado en Viena el *Instituto Ravasini de Sociología*, teniendo por misión una vasta actividad en las indagaciones científicas y estadísticas del mundo.

El Instituto Ravasini desarrollará su programa para la creación de los siguientes servicios:

1. *Archivo de indagaciones sociológicas ibéricas y americanas:* colección enciclopédica de los trabajos contemporáneos.
2. *Archivo de la literatura sociológica:* colección enciclopédica de la bibliografía sociológica,
3. *Catálogo enciclopédico de sociología:* boletín alfabético de sociología.
4. *Catálogo sistemático de sociología.*
5. *Correspondencia del Instituto Ravasini:* servicio para la prensa cuotidiana y periódica.
6. *Bureau ibérico y americano de información internacional.*
7. *Cursos y Conferencias.*

Todos los servicios del Instituto son gratuitos. La correspondencia será redactada en todos los idiomas latinos y en los principales de Europa.

Dirección postal y telegráfica: *Ravasini Instituto, Libre Universidad Internacional, Viena (Austria).*

Imprenta Alsina (Sauter Arias & Co.) San José, Costa Rica.